



**Trabajo de grado:**

**Trilogía teatral en un escenario llamado Colombia  
Crónicas**

**Por:**

**Angélica María Rodríguez Amaya**

**Dirigido por:**

**Eduar Barbosa Caro**

**Periodismo y Opinión Pública  
Escuela de Ciencias Humanas**

**Bogotá, Colombia  
2020**

## ANEXO

### Justificación

El tema central que llama la atención para la realización de este proyecto es el arte como transformador de vidas, el cual es un camino opcional difícil pero valioso, por lo que he buscado mostrar que los procesos de guerra y paz están relacionados y conectados por el arte (Muñoz, 2017). La importancia de este proyecto radica en mostrar el teatro como constructor de reconciliación y sanación, puesto que, en Colombia, hasta hace poco tiempo se hizo explícito que el arte trabaja con ese objetivo (Tovar, 2015). De hecho, en el país, ahora y más que nunca se requieren estrategias que permitan establecer valores en la sociedad, que impulsen la solución de conflictos y una interacción tanto respetuosa como tolerante de la multiculturalidad (Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, 2017), de tal manera que es importante emplear mecanismos pacíficos que giren en torno al sentir del acuerdo de paz firmado, el cual tiene como palabra clave *La Reconciliación* (Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, 2017).

Al entender que este concepto de *reconciliación* se da normalmente en zonas que han experimentado un conflicto y se encuentran bajo un periodo de cambio, lento y lleno de complejidad (Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, 2017), permite ver que el trabajo realizado en torno al teatro como herramienta de transformación social es relevante, incluso, para que los colombianos se den cuenta que en un país como el nuestro, bajo contextos de crueldad y abandono, se puede creer en la esperanza y en un mundo tolerante, incluso reduciendo los comportamientos violentos (Tovar, 2015).

Este proyecto también busca cambiar la manera en la que se percibe el arte, reconociendo que todos podemos crear, producir y transformar (Teodosio, de Castilla & Bernat, 2014), de tal forma que se le pueda dar relevancia a esta área, incentivando la creación y la incrementación de planes que apunten a la enseñanza del arte y la cultura como promotores de herramientas de reconciliación (Miñana & Arango, 2006), así como se menciona en la Ley 1493 de 2011 del Ministerio de Cultura, la cual busca que desde la institución gubernamental se fomente y promueva todo tipo de trabajos artísticos que incluyan a la diversidad que existe en Colombia (Secretaría de Senado, 2011). Además, teniendo en cuenta que ya hay proyectos teatrales apuntando a un cambio social, desde el periodismo puede generarse la consciencia de la necesidad de más apoyo a estos colectivos artísticos que ya han trazado un camino y quieren seguir transformando el entorno de poblaciones vulnerables (Kilô, 2015, 5 de julio).

### Objetivos

#### *General*

- Exponer los posibles procesos de transformación social de las poblaciones vulnerables y víctimas del conflicto en Colombia que forman parte de obras como *Mi musical*, *Victus* y *Antígonas*, tribunal de mujeres.

## *Específicos*

- Identificar las metodologías teatrales que estimulan el empoderamiento de las poblaciones estudiadas.
- Contrastar la relación que existe entre la participación en estas obras y las trayectorias vitales de dichas personas.

## **Metodología**

Esta investigación periodística plantea un abordaje exploratorio, debido a que se busca exponer posibles procesos de transformación social en proyectos dirigidos a comunidades vulnerables y víctimas del conflicto armado colombiano. Lo anterior se plasma mediante un conjunto de crónicas escritas, aportando otras perspectivas a partir de historias que giran alrededor del arte y su relación con la paz y la cultura de la sociedad colombiana. Las técnicas que se utilizaron fueron entrevistas a profundidad. Es importante resaltar que el proceso de investigación ha sido de inmersión inicial, en donde se busca una sensibilización y descubrimiento de cualquier dato que encamine a una mayor profundización con el desarrollo que se vaya presentando en el campo (Sampieri, Baptista, & Fernández, 2014).

Respecto a la muestra de obras en esta investigación periodística, las principales en las que se enfoca este proyecto son *Victus*, *Mi Musical* y *Antígonas: tribunal de mujeres*. La elección de las tres obras está dada porque permiten hallar muestras heterogéneas que contribuyen a la idea de que, así como en la historia de violencia en el país se han vinculado diversos actores del conflicto sin importar grupos, edades o cultura a los que pertenezcan (Bello, 2003), los proyectos también evidencian el tratamiento de estas poblaciones diversas. Ahora bien, el tipo de muestreo es no probabilístico por cuotas, debido a que, a las personas investigadas, a las que se les ha entrevistado, no se les seleccionó de manera aleatoria, al contrario, se eligieron del universo individuos que cumplan con características específicas.

Así, se seleccionó un joven, entre los 13 y los 18 años, que participara recibiendo enseñanzas y capacitaciones para formar parte del espectáculo *Mi Musical*. También se eligió una persona que habría vivido el conflicto armado, entre los 35 a 50 años, y que ahora está participando en el proyecto *Victus*. Por último, se tuvo en cuenta una mujer, entre los 25 a 40 años, que haya perdido a algún familiar y se encuentren luchando por su situación a través de *Antígonas: tribunal de mujeres*. Además, también entran en la muestra los directores de cada uno de los proyectos teatrales.

## ÍNDICE

Llamados.....5

Sinopsis.....8

Acto 1: Cuando se abre el telón.....8

Acto 2: Tras bambalinas.....16

Acto 3: Más allá de una función.....26

## TRILOGÍA TEATRAL EN UN ESCENARIO LLAMADO COLOMBIA

Charles Chaplin dijo alguna vez que “la vida es una obra de teatro que no permite ensayos”. Sin embargo, retomando hoy sus palabras se podría pensar que el reflejo de la vida es toda una función teatral incluso desde cuando suenan uno, dos, tres timbres antecediendo el *show*, alertando a los espectadores que pronto se subirá el telón: es entonces como un sutil prólogo en triplicado que, en este caso, ejemplifica los grandes acontecimientos que se verán más adelante.

### Primer llamado: El encuentro

El aula máxima del colegio, ubicada en pleno centro de Villavicencio, comienza a llenarse. Lo sé, aunque no veo rostros. Los gritos y conversaciones impactan de un segundo a otro por la acústica del lugar. No veo rostros. Alguien está prendiendo los pocos ventiladores viejos pegados a las columnas buscando bajar el intenso calor del día, producto del bochornoso verano de este año. Escucho más voces, conversaciones gritonas, como si todo un batallón hubiese entrado. No veo rostros. Pido el favor de que alguien encienda la luz del salón y solo recibo respuestas, entre risas, de que se mantenga así hasta que lleguen *los profes*, porque de esa manera es más divertido. Yo que solo estoy en el papel de intrusa observadora acepto semejante contestación.

—¡Buenas tardes a todos!

Entra una profesora con una camisa blanca de líneas sutiles en verde limón. Lleva una caja de cartón llena de jugos y pastelillos humeantes hechos de harina y rellenos de carne. Su rostro sereno hace, como por arte de magia, que las alargadas bombillas blancas alumbren y las cortinas de satén carmesí despejen los tres ventanales. En este espacio de paredes color celeste y baldosa ocre, corren unos treinta niños de distintas edades, pequeños entre los 9 y los 11 años, y más grandes, como de 13 a 15. Ya observo con claridad todo y, pese al caos del ruido que no ha disminuido, puedo ver que algunos de ellos ya se alistan para los talleres de arte que van a empezar, los cuales se están dictando hace unos meses, exactamente desde el primer semestre del 2018, con el apoyo del ICBF y la corporación *Rhapsodia*. Entre tanto otros juegan, se golpean, se insultan y hasta se amenazan. También hay un montoncito junto a la puerta saludando a dos docentes más que acaban de llegar: el de teatro y la de danzas.

Los maestros se sientan en medio del salón esperando que todos hagan lo mismo, sin embargo, los niños y niñas siguen corriendo, hablando y gritando. Las manecillas del reloj se mueven rápido y parece misión imposible que la gran mayoría logre tranquilamente hacer un círculo. Finalmente sucede. Están sentados pero al ser un grupo tan grande la concentración se pierde en algunos momentos. Hay unos jóvenes, contados con los dedos, que se distraen fácilmente y retoman el conflicto, por lo que vuelven los golpes y las burlas hacia otros compañeros, impidiendo que la actividad programada para ese día se realice.

## Segundo llamado: Organicémonos

El día está frío y gris. La temporada de lluvias intensas y torrenciales ha arrancado ya. Poco a poco comienzan a llegar los infantes del programa de teatro a recibir las clases en un colegio casi a las afueras de la ciudad. Hay muchas caras conocidas de mi visita anterior. Están sentados en un salón de 5x7 metros con una gran ventana enrejada, a la espera de poder firmar la lista de asistencia. Mientras llegan la hoja y el lapicero a cada puesto, los de las primeras filas reparten el refrigerio. El profesor, por su parte, al observar que el espacio no es lo suficientemente grande como el aula máxima donde ensayan habitualmente en la otra institución educativa, les pide que se dirijan al coliseo que está al frente. Todos salen corriendo a gran velocidad cuando justamente arranca a llover a mares, por lo que algunos aprovechan el desplazamiento para jugar con el agua y saltar entre charcos. Totalmente empapados, en medio del desorden y bajo el gran ruido que producen las gotas al chocar con las tejas de zinc, logran llegar a cumplir la primera orden del taller artístico.

Se hacen dos círculos, uno más pequeño que el otro. El primero tiene solo seis integrantes, que en cuestión de segundos entran en acción: ahora sus rostros toman otra forma, reflejan seriamente el personaje que tienen que interpretar y, aunque van contando audiblemente hasta ocho para poder sincronizar sus movimientos, logran mantener el papel. Sucede todo lo contrario con el grupo más grande, conformado por 14 estudiantes. Su tarea es organizar un ritual de una tribu indígena. Allí hay varios roles: El líder comienza a hablar en una lengua creada por él mismo, también hay un traductor de la ceremonia e incluso algunos animales. La desconcentración por causa de las peleas entre ellos al no seguir el guion ocasiona que tengan que repetir la escena innumerables veces. De repente, escuchan una voz distante de quien los acompaña en este proceso y está observando la desorganización en la que se encuentran.

—Chicos, nos queda poco tiempo para la presentación y si de verdad quieren hacer esto bien, necesitan esforzarse más—comienza a hablar el docente. Tienen que concentrarse.

En medio de la desesperación deciden agruparse nuevamente. Esta vez con la finalidad de que cada uno proponga ideas que les ayuden a desarrollar bien el ritual. Además, deben crear otra obra más corta, pero similar a la primera, con nuevos personajes y sin perder la intención del mensaje, el cual es que miembros del público hagan la ceremonia indígena para convertirse en guardianes de los sueños de los niños. A tan temprana edad ya manejan un vocabulario técnico, pues durante el diálogo de su planeación salió una inesperada propuesta, un término muy utilizado por los actores profesionales cuando se refieren a un lenguaje propio y personal, por lo que es inentendible y surge de la improvisación.

—¡Hablemos jerigonza! —dice uno de los niños.

### **Tercer llamado: La hora ha llegado**

Está a punto de oscurecer. Ya siento la tensión. Los salones frente al coliseo sirven de camerino. Ya siento la presión. Retumban ecos... uno, dos, uno, dos, sonido. Los arcos de luces ya están listos. Hay más tensión y aquellos niños que me invitaron a ver esta clausura pasan corriendo de un lado al otro. Hay sonrisas. Rostros nerviosos. Manos sudorosas. Presión. Abrazos continuos. Palabras de apoyo. Gritos. Aplausos. Murmullos. Después de un último ensayo, el espectáculo va dar inicio.

Se apaga la luz. El escenario está vacío. Un ambiente de desolación se crea y en pocos segundos es cada vez más fuerte cuando comienza a salir humo de los extremos de tan grande lugar. La neblina invade el espacio mientras que un tenue sonido de viento se adueña por completo de cada rincón. De repente, un joven camina tranquilamente en uniforme con una camisa blanca y un pantalón de tela azul, quien al parecer no nota el frívolo entorno. Lleva un bolso escolar en sus hombros y una cara serena. Lentamente van saliendo cuatro figuras, como espíritus, que con máscaras y capas negras buscan atormentarlo. Lo acechan con sus manos. Lo molestan. Se van acercando más a él. Lo empujan. El protagonista sigue en su marcha pero cada vez más y más despacio.

Al poco tiempo ya está totalmente atribulado, abatido, encorvado y sin energía. Las facciones de su cara ahora denotan tristeza. Ellos lo miran. Lo siguen cada vez más. Interfieren su camino hasta que deciden rodearlo y de un solo impulso le quitan el morral. Paso a paso, van poniendo sobre él una carga mucho más pesada, un costal más grande que su espalda, uno que trae tanto sufrimiento a su vida que llega al punto de cambiar de rumbo, siendo víctima de un robo de esperanza para seguir adelante. Se le ha arrebatado la infancia y su derecho a la educación, haciendo mención incluso a la idea de abandonar sus metas, pues la ropa escolar con la que se viste ya no está prolija y su obligación es ahora generar dinero. Aplausos, gritos y más aplausos que se sienten primero como tímidas gotas cayendo hasta convertirse en un estrepitoso aguacero. Finalmente la ovación no para, los espectadores aclaman esta puesta teatral realizada por los niños y niñas de colegios públicos de la capital del llano, quienes decidieron dramatizar un cuento cercano y real, la vida de muchos de ellos.

## Sinopsis

En este guion, cuya trama se desarrolla en Colombia, hay tragedias crueles y sangrientas, comedias carnavalescas pero, sobre todo, una trilogía de historias reales sobre personas que han vivido en carne propia épicas hazañas que merecen ser contadas sobre las tablas de un gran auditorio.

A continuación encontrarán una puesta en escena hilada en un trío de actos, protagonizada por tres personajes: Santiago Morales, Alicia Aguillón y Leonardo Porras, quienes aunque no han llegado a conocerse entre sí, pues sus historias no se desarrollan en el mismo espacio-tiempo, tienen un punto de encuentro a través del teatro, arte que marca un antes y un después en sus vidas.

### Acto 1: Cuando se abre el telón

Santiago está en el Control Master echándole un último vistazo al guion. Alicia, por su parte, se encuentra entre los camerinos detallando cada rincón. Mientras tanto, Leonardo ya va hacia el escenario con sus objetos personales favoritos. Cada uno tiene una historia por contar.

El reloj de Santiago Morales señala que van a ser las dos de la tarde. Su compañero de producción, bajo un silencio sepulcral, demuestra ansias por el encuentro que tendrán con su selección de actores para hablar del nuevo proyecto: su trabajo de final de corte que debe ser entregado en noviembre. Ya están listos en un gigantesco salón que está dentro del edificio de artes, rodeado por una fabulosa arboleda que desde siempre ha caracterizado la universidad en donde estudian en Bucaramanga. Allí harán lectura del libreto, el cual proyectarán desde la mitad del aula. Aun así, también hay unos cuantos impresos encima del pupitre más grande, el del docente, para que todos puedan seguir cada línea. Entre saludos se van juntando siete personas más.

Comienzan las presentaciones de los integrantes del elenco, quienes con texto en mano, están sentados frente a frente formando un círculo. Santiago toma la palabra, explica la historia y la relación que tienen los personajes entre ellos. Enfatiza en el trabajo que se debe desarrollar, especialmente, con el protagonista, un hombre que está alrededor de los 30 años, conocido por su larga trayectoria artística en esta ciudad y quien debe interpretar a un viejo presentador de espectáculos infantiles, sumido entre el fracaso, el alcoholismo y la resignación. Santiago, que es un joven con una seguridad notable a simple vista, dice que el reto con esta producción es bastante grande, pero puede salir adelante porque confía plenamente en los actores a los que les dio el *casting*.

—Will, necesito impecable la escena del monólogo, por fa—dice Santiago a su actor principal.

En Bogotá, tres años antes de este rodaje, exactamente en el 2015, una mujer de cabello rojo borgoña y contextura gruesa está buscando perdidamente una dirección. Tiene una cita laboral a las 11 de la mañana con poca idea sobre la propuesta que le harán. Se encuentra dando vueltas en un parque ubicado al oriente de la capital y reflexionando si hay algún error con la ubicación que le dieron, pues resulta llegar a un reconocido teatro de la zona. Desconcertada, decide subir las escaleras de la gran casa y con voz titubeante comenta con la encargada de la recepción del segundo piso.

—Buenos días, soy Alicia Aguillón. Señorita, creo que aquí tengo una reunión— afirma un poco insegura ante la secretaria del lugar.

La dejan esperando un rato a solas mientras se anuncia su llegada. Durante ese tiempo, Alicia se cuestiona un par de veces sobre qué está haciendo, dado que no entiende lo que ocurrirá, ni siquiera sabe a ciencia cierta por qué terminó en aquel lugar, donde supuestamente había una oferta de empleo. No se imagina para qué podrían necesitarla en semejante espacio tan artístico, tan de famosos... tan nuevo para ella. Mantiene una cara alargada y seria, como la de siempre, mientras sigue pensando. Se abren las puertas que dan hacia un salón y la joven recepcionista le indica que puede seguir. Al cruzar el pasillo, Alicia se choca con los brazos extendidos de una señora de la televisión, sí, ella la ha visto en novelas y ahora esa misma le recibe con una sonrisa y un fuerte abrazo.

—Cuando yo la vi casi me desmayo, la felicidad fue tan grande que se me salieron las lágrimas—Alicia se ruboriza y se ríe cada vez que cuenta aquel encuentro.

Ambas se sientan y se origina una conversación sobre todo: a qué se dedica, dónde ha vivido por tantos años, si está casada, cuántos hijos tiene. Pregunta tras pregunta llega a la reunión el profundo pasado de una mujer callada, tímida y de insondable amargura: se podría pensar que hasta con un corazón tan impenetrable como la piedra. Sin embargo, el momento compartiendo juntas es especial para Alicia, ya que ella jamás contaría su vida de buenas a primeras y lo hizo. Al final del encuentro, la actriz le dice que será convocada si llega a quedar seleccionada. ¿Para qué? Aún no se sabe pero no ha pasado ni un día y a Alicia ya le suena el teléfono.

—¿Aló? Hola, te habla Alejandra Borrero, bienvenida al proyecto.

Meses después, sobre el escenario de un auditorio en la céntrica Candelaria, en cuyo fondo y laterales de la tarima nacen grandes columnas de tela blanca, que sirven como reflectores, se presenta una función de las tantas ya hechas en todo un año, donde se encuentran jugando a las escondidas Leonardo y su mamá. También hacen entretenidas actividades como saltar la tångara, cantar... hasta despliegan por el espacio una colección de carros de diferentes tamaños y colores. Entre risas cuentan un par de anécdotas, como la de por qué a él le gusta atesorar su biblia, y la respuesta es porque con solo ojear las páginas de su libro sagrado se siente tranquilo, siente que su Dios le habla, aunque no sepa leer. También su muñeco de plástico y piel morena tiene una historia graciosa por contar, debido a que por primera vez Leonardo descubrió que tenía un amigo achocolatado y eso lo hace feliz.

Madre e hijo están en medio del teatro, tan enérgicos como si no existiera un mañana y tan presentes como siempre. Durante todas las escenas juntos, llama la atención que Luz Marina, mamá de Leonardo, carga todo el tiempo el peluche favorito del muchacho, un mediano Topo Gigio sin una mano, que al parecer es un elemento con el que Leonardo se identifica, como si se reflejara en un pequeño espejo de felpa al creer que se parecen, ya que él no tiene movilidad en su brazo y pierna derecha. Aun así, Luz no suelta aquel juguete por nada en el mundo, lo que podría verse como una manera de aferrarse a su hijo por el inmenso amor que le tiene.

El director de esta puesta teatral para todo público, Carlos Satizábal, está sentado en la primera fila observando las acciones, los pequeños rituales cotidianos que Leonardo Porras y su mamá han vivido eternamente, pues eso, exactamente eso, es lo que Satizábal quiere plasmar. Desde que conoce el hogar y la vida de este joven simpático, amiguelero y servicial ha decidido retratarlo. Por lo que a partir de los juguetes que lo acompañan habitualmente, los que de continuo están en su cuarto, se inspiró para contar una historia real y social sin usar tantas palabras.

—Fue muy conmovedor aquel momento—habla Carlos sobre su inspiración—porque a través de los objetos se está extrañamente presente.

Los ensayos han comenzado en una auténtica sala de grabación un poco desordenada, llena de cables y trípodes solitarios sin ninguna cámara a la vista. El guion se mira un par de veces, se enciende el aire acondicionado del set para sobrevivir a la hora de encierro que vendrá. Se ubican dos sillas delante del croma azul pintado en la pared mientras el helaje se apodera del entorno y contrasta fuertemente con los 27 grados del exterior, en los que normalmente permanece Bucaramanga. Santiago tiene una camisa corta color negro, como siempre, con un chaleco encima lleno de bolsillos para tener todo a la mano, desde un pequeño lapicero hasta cinta de enmascarar. Su pinta se complementa con su cabello largo, el cual amarra con una coleta al mejor estilo de un director de actores. Willmer Acacio, su protagonista, se ubica frente a él y quienes allí se encuentran se llevan una buena sorpresa: tienen la misma altura, tan similares, como si no hubiese una brecha de edad entre ellos.

Acción... Willmer comienza aquel monólogo cúspide del filme. A veces las frases salen completas, en otras ocasiones Santiago interrumpe para sugerir acentuar en específicas acciones. Lo cierto es que, tanto el director como el actor consiguen complementarse, construyendo juntos al personaje, el momento y cada detalle de la escena. La única tensión allí es el drama que vive el personaje en ese momento, pues lleva un mensaje de tristeza, sacando lo más puro del protagonista. Santiago está sumergido entre silencios, entre su texto, entre las afirmaciones leves con la cabeza, viendo actuar a quien alguna vez fue su maestro, alguien importantísimo en su vida, quien sembró una semilla artística en él algún tiempo atrás.

—Dos roles, primero de docente y ahora, digamos que, el estudiante de lo que él quería—comenta Willmer sobre la dirección de Santiago—. A pesar de su seguridad había humildad en decirme “no, por ahí no lo queremos, o sí, eso está bien”. No era solo su voz la que valía sino la de ambos.

Por los pasillos de los camerinos y los múltiples espacios detrás de la tramoya, ese oscuro lugar lleno de utilería, camina paulatinamente Alicia sintiendo cada sombra, cada textura, cada rayo de iluminación en la zona. No conoce a sus compañeros con los que va a realizar el proyecto al que ha sido convocada, pero eso no le importa. Siempre es muy comprometida por encima de cualquier circunstancia, así que diariamente asiste a todos los talleres que se realizan en el teatro, justo arriba de la tarima, donde nunca antes había estado.

Todos los ejercicios propuestos por los pedagogos estimulan sus sentidos y ha descubierto que no está sola, hay muchas personas más allí, quizá unas 10 o 15, aunque no sabe cómo se llaman ni tampoco quiénes son. Sin embargo, sí sabe a qué ritmo van los latidos de cada corazón presente; con los días ha ejercitado su oído. También ha desarrollado su sentido del tacto al estar todas las sesiones con los ojos vendados, de esta forma se ha dado cuenta que le gusta recibir abrazos de los demás y quedar apaciguada en ellos, esto le demuestra que con tan solo tres semanas ya es parte de una nueva familia.

Mientras renace una obra de teatro con las vivencias de exactamente 19 nuevos artistas semejantes a Alicia, muchas cosas cambian en ella, como el despejar de su frente el ceño fruncido y que la línea de la sonrisa por fin se dibuje. Nunca antes había contemplado la posibilidad de verse jugando entre estruendosas carcajadas. Ya corre, aunque sabe que se cansa, brinca hasta donde puede y también llora si hace falta, porque la consciencia de su edad se mantiene, aunque por fuera emana un incipiente aire de niña tierna. Parte de este proceso, del aprendizaje y de los nuevos sueños, son por causa del cariño y la paz que le transmite Alejandra, su directora y nueva amiga, quien a través de los talleres la está formando como actriz y, sobre todo, como una nueva persona para dar y recibir amor, recobrando la tranquilidad y el valor del respeto, dos cosas que por años le habían faltado.

—Aprendí que con el amor es todo más fácil—dice Alicia.

Dentro de tantos aprendizajes, Leonardo —con su ingenua mirada color aceituna— y su familia logran llevar la cotidianidad a los escenarios gracias a la visión de Carlos, quien a través de enseñanzas artísticas descubre que hay millones de colombianos representados en este joven de 26 años. Tras intensos ensayos llenos de ejercicios con fragancias, exquisitas esencias, abrazos, cánticos de soporte emocional, clases de danza contemporánea, yoga, estimulación para la vocalización y hasta ejercicios de concentración, Satizábal encuentra que lo que vive Leo es el pan de cada día de muchos. De esta manera, las herramientas implementadas en los talleres han permitido el empoderamiento de nueve personas, quienes se convertirán en futuros actores listos para expresar ante un público todo lo que cargan: su realidad.

Armar un esquema desde la creación colectiva de todos los integrantes no es una tarea sencilla si hay tanto por narrar. Por ejemplo, Leonardo y un par de amigos suyos tienen mucha tela por cortar pues, con solo 20 objetos personales, surgen demasiadas ideas y la historia creada dura alrededor de unas extenuantes cuatro horas. Es así como Carlos Satizábal necesita buscar practicidad en su dirección, la cual le permitirá condensar hasta el más mínimo detalle sin que la función se extienda desmedidamente. Entre tanto, hay ideas

y sugerencias de otros actores, docentes e, incluso, de la misma atmósfera llena de misticismo y silencio, elementos esenciales al desarrollar emociones reales para cualquier puesta en escena y especialmente en estas.

Hasta ahora, quizá el proceso artístico inicial de Leonardo y Alicia, aparentemente, no tienen nada en común con Santiago, pero la verdad es que él empieza en el mundo del teatro como ellos: a raíz de un proyecto cultural con un enfoque pedagógico para transformar el pasado, el presente y el futuro de personas comunes y corrientes, quienes tienen todas las capacidades de convertirse en valientes relatores de sus propias historias. Santiago también es un joven como cualquier otro, que antes de organizar sus audiovisuales, dirigiendo a actores como Willmer, tomaba clases de actuación con él en el 2013. Todo ocurre cuando uno de sus compañeros lo incita, entre chiste y chanza, a asistir a una audición, la cual se realizaba desde hacía un par de días en colegios públicos de la ciudad para pertenecer a un programa integral de teatro, baile y canto llamado *Mi Musical*.

Santiago jamás había hecho algo así, pero por un reto entre compañeros cualquier cosa podría ser posible. De esta manera, se dedicó a observar la participación de otros estudiantes en el aula múltiple de su institución educativa hasta decidirse a pasar frente a un jurado. Está tranquilo, ve varias audiciones pasar, no concibe en su cabeza la idea de presentarse. Tan desocupado lo ven que desde la mesa de jueces lo invitan a unirse para que baile, entone unas cuantas melodías y toque algunos ritmos, pero, aunque hace todo lo indicado él siente que su presentación es un fiasco. La sorpresa es grande al enterarse que está dentro, ha quedado en el grupo encargado de la percusión, por lo que le anuncian que debe tomar las clases gratuitas en el Centro Cultural, ubicado en una vieja casona de la zona céntrica de Bucaramanga.

Asiste unas cuantas veces. Sin embargo, no se siente cómodo, le llama la atención el tema musical, pero cree que no está aprendiendo nada nuevo, así que termina huyendo para infiltrarse en el salón del taller de teatro. Inicialmente solo mira, dejándose atrapar por los juegos dramáticos. Ve que allí todos se arrastran por el suelo, saltan y emiten sonidos de animales sin ninguna razón lógica: todo es muy extraño en ese lugar, aunque, es inevitable observarlos por varios días hasta que el profesor Willmer le permite participar. Entonces, se integra rápido, pero a veces cree ser estúpido porque no considera que está haciendo bien los ejercicios. Lo insólito para él es que no se siente juzgado por sus compañeros y ahí entiende que en el teatro todo es válido y que el arte está ligado a los valores, al trabajo en equipo, también a la vida misma en donde la perseverancia, la sinceridad consigo mismo, la confianza, el respeto y el profesionalismo son esenciales.

Nada se aprende al azar. Santiago reconoce que los conocimientos que va adquiriendo con las enseñanzas de sus docentes en cada una de las sesiones tiene algún sentido para su vida, por esto no quiere parar los talleres y se vuela de su casa a escondidas de sus papás, puesto que ellos no saben que está utilizando el tiempo libre en las artes y seguramente lo desaprobarían. Persiste asistiendo a los ensayos ya que encuentra refugio y calma en sus nuevos amigos y también en el apoyo de sus profesores, por eso le tiene tanto cariño a este momento de su vida y a quienes lo acompañan. Él recuerda en Willmer la alegría por encima de todo, teniendo en cuenta que en los diferentes períodos de caos y tensión que se viven al realizar proyectos teatrales tan grandes, cuyo resultado es visto por cientos de personas, se experimentan muchos altibajos, hasta las ganas inmensas de renunciar a mitad de camino. Sin embargo, el profe Will, como él le llama, siempre está allí para avivar los ánimos y que no se pierda la esperanza.

—“No dejes el arte y concéntrate”—Santiago cita las palabras de uno de sus docentes favoritos—. Eso fue revelador para mí, había una alegría total que me ayudaba a seguir adelante—asegura este joven cuando evoca la frase más significativa de aquella época.

Esas mismas palabras también las recibe Alicia de sus talleristas todas las veces que se siente agotada, es más, el impulso para seguir adelante en este proceso también es el mismo: un gozo tan profundo e inexplicable, que la hace llegar a los ensayos incluso hasta dos horas más temprano, sobresaliendo siempre en la puntualidad, su cualidad más grande. Aunque sabe que seguramente derramará mil lágrimas durante las jornadas, pues si bien el proceso que dio la conformación del grupo *Victus* (del que orgullosamente es parte) fue calmado y con meticulosa pedagogía, hay momentos donde ella siente que no aguanta más y no precisamente por sus problemas de columna, sino porque aprendió a escuchar las historias de sus compañeros, las cuales le desgarran el alma.

—Fue una transformación muy linda, pero me costó, fue fuerte porque tenía mucho dolor en mi corazón—comenta Alicia—. A pesar de todo los talleres nunca me parecieron largos y aburridos, yo moría por estar allá—agrega emocionada.

Jamás ha pensado en renunciar a la obra hasta cuando tiene como tarea redactar una carta. El día de presentar aquel escrito llega como si nada y demuestra estar tranquila pese a que no lo había hecho. Se ubica en una silla y escucha atentamente las intervenciones de sus compañeros, pero su mente no para de pensar, está muriendo de vergüenza. Se argumenta y excusa con que no sabe escribir y no quiere ir a pasar osos en el escenario leyendo algo sobre ella misma, mucho menos frente a todos los que ahora son su familia. Alejandra se acerca y le dice que si no cumple con la actividad no puede seguir en el proyecto. Por un segundo todo se desmorona, Alicia se toma muy a pecho esas palabras y sale hacia su casa sin ningún ánimo de regresar. Falta a dos ensayos, así que Alejandra se apresura a llamarla seriamente para que vuelva, porque es consciente que lo que se está llevando a cabo es vital y no es una casualidad para la vida de Alicia.

¿No es una casualidad? Volver a reunirse en el reconocido auditorio de Casa Ensemble de Teusaquillo le hace entender a esta trigueña mujer que ella está allí por razones que sobrepasan a la suerte misma, porque con su participación en el elenco logra

vivir uno de los momentos más imborrables hasta el sol de hoy. El teatro es un arte colectivo que se trabaja y se construye del interior al exterior, lo que le ha permitido a ella reparar, junto al apoyo de otros, la carga guardada en lo más profundo de su corazón para después dejarla en la escena; como cuando en una jornada de intensos ensayos, similar a cualquier otra, se encuentra en medio del llanto y con su voz absolutamente quebrada, tan impotente para contar ininterrumpidamente su historia. Se ahoga, para, respira y vuelve a retomar el hilo, pero no puede terminarla, entonces pierde el control de su cuerpo, sus ojos se desorbitan y siente desmayarse. Uno de los profesores presentes se levanta inmediatamente a auxiliarla. La carga como si fuera una liviana pluma hasta llevarla a una orilla de la tarima, la deja sentada en el suelo y en cuestión de segundos se ubica detrás de ella, estira los brazos y piernas para alcanzarla y luego sujetarla fuertemente, apretándole el pecho hasta el cansancio, brindándole algo que Alicia no había sentido antes.

— Ese abrazo me dolió porque era la primera vez que alguien me abrazaba con amor, que me decía aquí estoy —Alicia no contiene el llanto—. Me sentí completamente protegida.

Por similares jornadas pasa la obra de teatro *Antígonas*, pues antes de que se planteara la idea de utilizar este mito griego como metáfora para la puesta en escena en la que hace presencia Leonardo, se mueven las fibras de todos los participantes. Cada ensayo está lleno de melancolía y el húmedo suelo es testigo de incontables lágrimas derramadas, las cuales demuestran que no es bueno alargar por más de 120 minutos los encuentros. Luz Marina abraza una camisa de su hijo mientras oye cómo otra madre presente se desconsuela al improvisar unas palabras con un simple brillo labial, que conserva desde hace un par de años por tratarse de un obsequio de su ser especial. Solo un objeto basta para parar el cronograma y verse nuevamente hasta el día siguiente en la muy antigua edificación de la Corporación Colombiana de Teatro.

Hoy el turno le corresponde a Luz Marina, así que Leonardo no la deja de mirar con gran admiración. Él sabe cuán tímida es su mamá, por lo que no desatiende ni por un segundo cada palabra que ella pronuncia ante el silente círculo de actores. Entonces la observa fijamente con el fin de apoyarla, para que confíe en sí misma y se empodere, mientras crea acciones con aquella camisa que a él le pertenece. Aún así, ella tampoco puede contenerse, suspira y se sumerge en el mar de su propio lamento, como todos los que han hecho la actividad. Es preciso intervenir y hacer de la turbia situación una herramienta de transformación para llamar a las cosas que no son como si fueran, que todo objeto que detona tristeza pueda convertirse en un mecanismo poderoso de valentía y victoria.

Uno de los ejercicios que Leonardo y su madre no olvidan para lograr semejante objetivo es un sencillo juego con una pelota imaginaria que rota por todas las personas del grupo. Primero hay que respirar con tranquilidad y así lograr concentrarse para hacer con las manos una pequeña esfera de aire que simboliza energía. Carlos, dirigiendo la dinámica, inicia pasándola muy despacio para compartirla con quien se encuentra a su izquierda, la idea es que la mano derecha reciba la masa invisible y la mano opuesta se la entregue a alguien más, con el fin de sentir que los pensamientos positivos se están transmitiendo y que los participantes se conectan. De esta manera se trabaja en equipo para que todo fluya, también para unirse y sentir la carga emocional de los actores presentes, entender que, si un

miembro del equipo está mal, todos estarán respaldando la escena y que, si en medio de un diálogo alguna persona se quebranta, todos levantarán más fuerte sus voces dándole la misma o mayor potencia a cada intervención.

— *Antígonas* ha jugado un papel fundamental en este grupo colectivo, incluso para las actrices profesionales que trabajaron con nosotros—opina Luz Marina sobre el proceso—. Si una persona está mal todos sentimos con ella.

En el caso puntual de Santiago, durante su proceso de formación también está notando los cambios que se gestan respecto a las rivalidades que se presentaban al inicio, cuando los niños, niñas y jóvenes de los colegios participantes normalizaban la violencia y encontraban en esta el único camino para resolver conflictos. Ahora él se sorprende pues en todo un año de entrenamientos y ensayos se ha logrado enfocar pacíficamente a un grupo de 600 artistas, así como se lee, precisamente en eso se convirtieron. Pese a que este musical es un tanto distinto a las obras de Alicia y Leonardo, sobre todo por el número tan elevado y extraordinario de actores, el proceso y el trabajo con ellos ha sido casi el mismo, por causa de que se busca transmitir mensajes y valores puntuales, aunque la función que se brinda tiene una historia ficticia y también los personajes son más fantasiosos acorde a las temáticas planteadas por el equipo de profesores y directivos. Sin embargo, el resultado se logra gracias a que los participantes han comenzado a creer en sí mismos.

— Cuando a mí me decían “serán 600 artistas en escena”, yo pensaba que había un error, me creó 60, y eso, bien coordinado y toda la cosa, pero 600 es imposible. Casi yo decía, “ustedes están locos”.— cuenta estupefacto Santiago.

De esta manera, el objetivo no solo es crear un show masivo de teatro musical, sino cambiar el rumbo y la perspectiva de pequeños que jamás han tenido una oportunidad como esta, de brindar un espectáculo profesional frente a un público capaz de llenar un coliseo. Para Santiago, que nunca había actuado bajo estas condiciones, le es duro el momento en el que le dicen “usted va a interpretar este personaje”, así no fuese uno de los principales y protagónicos, porque sigue siendo un reto para alguien retraído tener que decir unas cuantas líneas en la obra. Aun así, decide asumir el rol porque ha entendido que todas las personas que trabajan con proyectos como estos son importantes aunque no tengan diálogos o apariciones contundentes, cada integrante es esencial para que el espectáculo salga bien, todos nutren la puesta en escena.

Durante todo el año no hay reuniones con 600 estudiantes, ni siquiera en ensayos generales, pues se ven solo los miembros de artes específicas: por ejemplo, hoy le corresponde practicar solo al equipo de teatro y otros días serán solo los de canto y percusión, por lo que Santiago hace cuentas y ve quizá máximo unas 100 personas, que no es mucho tampoco tratándose de un musical así, pero ya cuando se acerca la función, días antes de la presentación, empiezan a llegar más, más y más. ¿De dónde sale tanta gente? Se puede divisar un gran número de personas y se pregunta cómo se coordinarán más de quinientos jóvenes en escena. Lo extraño es que se pasa preliminarmente la obra varias veces y no se presenta ningún desorden o descoordinación, tampoco en cuanto a la organización y logística, todo esto le parece sorprendente, por lo que se decide a hablar con

los colegas que jamás había visto y hacerse su amigo. Así, ellos le cuentan dónde ensayaban y que el trabajo se desarrolló en simultáneo en varios colegios.

— Y si esto hacemos con un show así de grande en el primer año del proyecto, qué podemos hacer en el segundo—Santiago narra lo que pasa por su mente antes de la función—, los profesores siempre nos llenaban de expectativas y nos decían que este trabajo iba a tener continuidad.

Minutos previos a la anhelada función, como resultado de una exhaustiva preparación de ensayo, tras ensayo y más ensayos, Alicia, Leonardo y Santiago sienten la misma sensación y la increíble agitación al poder enfrentarse a un público por vez primera. Escuchan murmullos de compañeros suyos mientras están en completa oscuridad esperando a que abran el telón, lo cual les aumenta los nervios, la emoción y esas ganas infinitas de llorar, pero también de reír. Tienen una confusión de emociones, al fondo alguien no aguanta y grita de exaltación sin pensar en que afuera ya están ubicándose los futuros espectadores. Un último abrazo se arrebatata y un millar de veces se pronuncia la famosa frase “rómpase una pierna” para desearse buena suerte, se repite en tantas ocasiones como sea necesario para que todo vaya a salir tan bien como se lo han imaginado. Los directores de las obras los acompañan por un momento más, les dedican unas cuentas palabras llenas de orgullo y con significativas palmaditas en la espalda les dan una señal de apoyo antes de retirarse.

Finalmente, se abre el telón y lo primero que perciben es una luz directo a la cara, tan fuerte que encandila, pero sin disgustarles en lo absoluto, pues no les va a impedir hacer lo que tienen que hacer. Aparte de este gran reflector también pueden ver un montón de luces diminutas de celulares grabando, creándoles un escenario mágico bajo una noche estrellada tan perfecta y suya, solo para hacer de este momento algo todavía más especial. El corazón se les agita y por sus mentes pasa el tiempo volando, al parecer todo el esfuerzo se irá en un abrir y cerrar de ojos, pero eso no les preocupa porque el solo hecho de estar en este escenario, ese segundo valdrá el año entero entrenando, los malos y buenos ratos. Definitivamente, su presencia ahí lo vale todo y cuando el telón se levanta de par en par ellos ven el símbolo intangible y real de que ha llegado una nueva oportunidad a sus vidas, el principio de otro comienzo.

## **Acto 2: Tras bambalinas**

Querido público, me es grato estar frente a ustedes. Me encuentro ansioso de tener la oportunidad de mostrarles quiénes somos, de dónde venimos y qué ocurre detrás de nuestro telón. Permítanme contarles algunos secretos que mantuve ocultos, déjenme compartirles también lo que he descubierto de mis otros dos compañeros y protagonistas de esta puesta teatral. Hoy, principalmente, quiero atreverme a hablar de lo que he mantenido escondido por años, es más, ni mi familia y más allegados alcanzan a siquiera imaginarlo, y de un par de relatos que quizá cualquier persona ha ignorado por décadas. ¿Por qué sincerarme ahora? Sencillo, porque no hay mejor lugar para ser transparente que aquí de pie, despojado de todo e inmerso en la atención que ustedes me regalan.

Tal vez ya se habrán preguntado cuál es la razón que nos trae al teatro a Alicia, Leonardo y a mí, qué nos une pese a nuestras contrarias circunstancias. De pronto solo hayan encontrado un trío de historias deshiladas que les impide comprender lo suficiente, pero descuiden, yo al igual que ustedes tuve la misma incógnita al iniciar mi viaje, justo cuando decidí embarcarme en un proyecto musical, que sin duda me llevó a enamorarme completamente del arte. Ahora, con el paso de los años, todo está más claro en mi cabeza, por lo que puedo ilustrarlos un poco más. Sí existe un común denominador entre un niño tímido de colegio, una señora malhumorada del campo y un joven ingenuo de barrio. ¿Cuál es? Nuestro pasado, venir de una tierra enmarcada en la desesperanza, la violencia y la impunidad. ¡Y no, no estoy desvariando! No se necesita ser muy sabio y vivir los años que aún no tengo para pensar que, a cada uno de nosotros, y supongo que a ustedes también, nos ha marcado alguna de estas tres palabras mientras andamos por el misterio mismo de la existencia.

## **Desesperanza**

No creo que sea una buena idea comenzar hablando de mí mismo, sobre todo cuando hay historias más relevantes e impactantes para poner sobre la mesa, pero seguramente el orden que le voy a dar a la siguiente narración tiene algún sentido lógico, entonces empecemos...

Recuerdo mi cuarto siempre desordenado, permanecía oscuro, sin llamativos colores y aun así era mi rincón favorito en todo el mundo. Cuando estaba aburrido era el lugar perfecto para entretenerme, cuando me sentía triste me encerraba para curarme, cuando no quería hacer tareas era el escondite para que mis papás no me obligaran a estudiar y cuando me sentía un estorbo se convertía en el mejor sitio para salvar a los demás de mi pesada presencia. Lo sé, esa última frase suena horrible y más si la piensa un pequeño de solo 10 años, pero qué culpa, era lo que pensaba cuando tenía esa edad a principios de los 2000. En aquella época creía fielmente que les fastidiaba a todos, a mi mamá, a mi papá, aunque estuviera por fuera trabajando todo el tiempo, a mi admirable hermano mayor, a mis tíos, etc. Decidí que lo más sano para la familia era enclaustrarme en la habitación y así solucionar el problema.

Llegué a sentir que era libre en esa pequeña guarida más que en cualquier otra parte, incluso más que en el colegio donde igual me divertía un poco con uno que otro compañero de clases, aunque nunca consideré a nadie como amigo. Podría llegar a decir que la primaria fue... digamos que bella, pero seguro esa no es la palabra exacta para describirla, ya que ni los números, ni las ciencias naturales o cualquier otro tema básico llamaba mi atención y en los descansos no me atrevía a hablar mucho. Solo disfrutaba de los actos culturales que se realizaban para que otros niños izaran la bandera, pues pese a que nunca tuve buenas notas para salir al frente y recibir masivas felicitaciones periódicas, me gustaba cuando nos vestían de campesinos con bigote, sombrero y una roja pañoleta cubriendo el cuello, cuando nos exigían dramatizar la caída de un florero, bailar *Campesina Santandereana* o mejor aún, cuando parodiábamos a RBD, la banda mexicana que estaba

de moda en ese momento. En fin, simplemente me encantaba ser parte del “programa por el cual los estudiantes...”

Como lo bueno dura tan poco se presentó un giro inevitable: el cambio de colegio cuando tuve que pasar a bachillerato, porque donde estaba matriculado desde preescolar solo llegaba hasta quinto de primaria. ¿Cómo yo, Santiago Morales, podría volver a adaptarme a un nuevo lugar? Mi cabeza divagaba, prefería hasta parar de estudiar. Entiendo que les pueda parecer absurdo esa posible decisión, pero no alcanzan a imaginarse todo lo que me costó encajar y los años que tuvieron que pasar para sentirme a gusto en un salón, con los profesores, con mis compañeros y cuando creí que había logrado tener un espacio único para mí, me lo arrebatában. Empezar otra vez me producía ansiedad y frustración, además los adolescentes son más duros, ya tienen sus grupos establecidos y no están dispuestos a recibir intrusos como yo, que no son capaces de encarar los sentimientos hacia una mujer o que son los más altos de la fila, pero también los más torpes.

En ese instituto educativo ni los docentes me querían, no soportaban entender que me distraía en sus clases y por eso dedicaba el tiempo a mirar un punto fijo por horas y horas. Mientras me perdía entre cualquier pared el tiempo pasaba muy lento; las palabras, las oraciones, los párrafos, las ideas completas que se armaban para generar una compleja explicación sobre la filosofía y la historia del mundo me parecían lentos balbuceos en la boca de los profesores. ¿Cómo despertar de ese aburrido trance? De un solo grito. Me regañaban por todo y a eso me acostumbré, decían mil cosas sobre mí y siempre terminaban su sermón con un “para lo único que sirve es para calentar el puesto”, igual, nada de lo que pudieran hablar afectaba ya.

Descubrí que quería ser parte a un grupito de músicos del colegio, asistían al mismo curso que yo y tampoco eran populares, supongo que entre las notas musicales tendríamos algo más en común. Sabía que ya estaban casi completos, tenían un baterista, un guitarrista, incluso hasta el que tocaba el piano, pero les faltaba el bajista. Entonces, comencé a interesarme por estudiar secretamente el bajo en mi casa encerrado en mi cuarto, obviamente para que mis papás jamás se enteraran. Por Internet busqué algunas clases para aprender empíricamente con una vieja guitarra, lo cual fue complejo y difícil porque tocar un instrumento como si fuera otro es todo un reto, pero lo logré, aunque ya la banda se había quedado sin vacantes. Aun así seguí, me empeciné en perfeccionar el sonido y la técnica. ¡Por fin había encontrado un digno pasatiempo!

¿Nunca han tenido un placer culposo? El mío fue hacer música tardes enteras sin alardear frente a mi familia puesto que se pondría furiosa y no es para menos, un Morales, según mis padres, estaba destinado a profesiones con futuro como una ingeniería, derecho o cualquier cosa que garantice una estabilidad económica. Y los entiendo, sé que siempre han querido lo mejor para mí, pero sinceramente ese no era el camino que yo querría escoger, sobre todo al no ser bueno para algo así. Fueron tres años difíciles, llenos de furtivos momentos, pero también de una increíble satisfacción por darme cuenta de que podría aprender algo sin ayuda de nadie. Llegué a cursar noveno de bachillerato en un santiamén, ese 2012 pronosticaba ser un infierno no solo por las calificaciones desastrosas sino porque mis compañeros serían aún más complejos.

Había cambiado tanto el ambiente escolar, se pasó de las cartas ingenuas de amor a la acción sigilosa en los baños, de la venta secreta de dulces y gomas de mascar al mercado ilegal de drogas que algún compañero tenía. Además, se sustituyeron los balones y las risas por el miedo a enfrentar a los que cargaban *patas de cabra*, que son unos cuchillos filosos y de metal, pero esos en particular ya estaban como oxidados. Siendo honesto, todo eso era normal, es por lo que tiene que pasar cualquier adolescente en desarrollo, ¿no? De repente crecimos todos y nuestra mente traicionera nos hacía creer que habíamos adquirido madurez absoluta, ya no necesitábamos que ningún adulto se metiera en nuestras vidas, todo lo resolveríamos como mejor se nos ocurriera sin importar quién resultara herido, incluso hasta muerto.

En la segunda mitad de ese año recibí la noticia más dolorosa que el colegio podría darme: iba a perder el curso y aparentemente no existía ninguna opción o posibilidad de salvarlo, así me parara en las pestañas no habría milagro alguno. El tema en realidad era de vergüenza frente a mi familia, porque no quería causar molestia o preocupación y con esto lo único que iba a hacer era agravar más todo. Evité contarles, evadí cruzar miradas con mamá y papá por mucho tiempo. Llegó un punto donde no aguanté, no quería volver a la casa, así que inventé que tenía un trabajo grupal urgentísimo y no llegaría a dormir ese día. Al salir de clases pregunté sin expectativas a un compañero, negociante de narcóticos, que si podía acompañarlo durante toda la tarde y con el movimiento de sus hombros sentí la afirmación, así que nos dirigimos hacia donde él vivía sin absoluta idea de lo que pasaría después.

No recuerdo mucho su cuarto, pero sé que estaba desordenado y sombrío, también noté que esa era su zona predilecta para esconderse y ser libre, ¿qué parecido, no? Aparentemente él no percibía mi presencia o le daba igual que yo permaneciera a su lado, de todas formas, actuaba como en su acostumbrada cotidianidad. Sacó de una caja todo lo que tenía: bolsitas con sustancias pulverizadas, pastillas, hierba, inclusive, pedazos de papel con diferentes gráficas. Ya a estas alturas mi memoria se nubla un poco y, aunque tengo lagunas mentales, el siguiente cuadro que evoco es verlo a él delante mío completamente inconsciente, dejando toda su mercancía a mi disposición. Bastó solo un segundo para que se asomara el desespero que andaba cargando y mis ganas infinitas de hacerle un favor al mundo. Cogí entonces todo lo que mi mano alcanzaba a agarrar y me lo tragué entero sin dolor ni pena.

¿Cuánto tiempo pasó? Jamás lo sabré. Quedé petrificado de un tirón y mi vista se nubló. Pensar que estuve perdido por horas me resulta apabullante. Luego, desperté vomitándolo todo con el brazo entero de ese compañero incrustado en mi garganta: él estaba ejerciendo presión para ayudar a vaciar el estómago y que se desintoxicara el moribundo cuerpo. Pasé la noche postrado en una cama entre sudor, escalofríos y con poca lucidez me levantaba después de dormir por periodos cortos. Cuando mis ojos se abrían del todo tras lentos parpadeos, llegaba el tipo con el que casi nunca había interactuado en todo el año escolar con vasos de agua y platos de sopa. Le estaba extendiendo su mano a un bueno para nada como yo sin reproches, sin regaños ni cobros de dinero por lo que había consumido. Al amanecer salí de su casa sintiéndome mareado y aturdido, así que con un silencio incómodo le agradecí su atención permanente. Instintiva y quizá telepáticamente quedamos en que nadie se enteraría nunca de lo sucedido.

## Violencia

En tiempos inmemorables viviendo entre el campo, las gallinas, los árboles plataneros y las altas montañas verdes, alguien también pudo llegar a sentirse vacío, desterrado y sin encajar por ningún lado, como creía haber experimentado solo yo. Sin embargo, con estas mismas emociones permaneció Alicia Aguillón, sumida entre el dolor, la idea de abandono, sobre todo cuando pasan los años y, al parecer, la vida se encarga de arrebatar cualquier atisbo de felicidad. El instinto de supervivencia estuvo alerta desde que era una pequeña niña y, aunque este se desarrolló mayormente de acuerdo con los sucesos que se iban presentando, la resignación de pretender que había nacido solo para la desgracia la hizo someterse y aceptar cualquier maltrato, dedicándose únicamente a esconder sus cicatrices e implorar por la sangre derramada de sus hijos. Es que cuando ya no hay esperanza atentar contra nosotros mismos es una posibilidad latente, lo sé porque me pasó, recibir actos de violencia se vuelve una desamparada realidad y violentar a otros se convierte en la única manera de mostrar el inconformismo al mundo.

Iniciemos por comprender la infancia de Alicia por allá entre las décadas de los 60 y 70. Ella dice haber paseado de hogar en hogar teniendo en cuenta que su mamá mantenía otras prioridades, entonces la dejaba al cuidado de algún conocido, de modo que pasaba temporadas con extraños que pretendían ser su familia. Esto significó para ella como si la estuvieran regalando, no se sentía a gusto, más bien arrimada a donde fuera llegando. Además, se crio sola en las calles bogotanas, nadie se preocupó por si una adolescente andaba sin cobertura en la gran ciudad. En aquella época descubrió la más horrible experiencia de abuso, pues tuvo su primera hija producto de una violación. No obstante, asumió ese rol como jugando a las muñecas, intentando aprender cómo cuidar a un diminuto ser humano sin fracasar en el intento. Así llegaron a su vida dos bebés más.

Con la responsabilidad de tener bajo su cargo y a temprana edad a Yeimy, Javier y Jhon Jairo, nombres que les dio a quienes en ese orden tuvo en su vientre, recibió una invitación al Meta y allí entendió que lo mejor que podía hacer era escaparse con ellos para dirigirse a los Llanos, específicamente al municipio de Mesetas, donde una tía suya podía recibirlos y ayudarlo a buscar trabajo para empezar una nueva vida. Partió a emprender un futuro, pero la situación no era nada fácil; las ofertas que se presentaban eran siempre las mismas teniendo en cuenta sus características. Juventud divino tesoro y tentador elixir principalmente en una tierra machista, por lo que las puertas se abrían benévolutamente solo si iba a dedicarse a la prostitución, ya que su piel canela y ojos color azabache llamaban la atención. Resignada y, por sus hijos, creyó que era la única salida, así que lo intentó a regañadientes.

¿Tener que soportar, por dinero, que alguien gane el derecho de ponerle encima, como mínimo, un dedo? Esa fue la cuestionable realidad que Alicia sopesaba a cada instante. Ella, que a la fuerza ya había tenido relaciones sexuales en Bogotá, sufría con solo pensar en semejante humillación. Y ahora tener que repetir la situación, pero esta vez por supervivencia, le parecía más que doloroso. Con solo recordar el rostro y los gestos de aquellos hombres le daban agruras. Sin embargo, tomó valor y se vinculó a una posada que

brindaba esas atenciones al público. Por suerte trabajó en este negocio apenas un corto periodo, gracias a que algunas mujeres con más experiencia, como ángeles guardianes, fueron su coartada para huir a encontrar labores de campo.

Al poco tiempo conoció a un hombre mucho mayor que ella, quien se convirtió rápidamente en su marido. Él era un vaquero con una humilde finca rodeada por algunos animales, quien le prometió que no le faltaría nada a la necesitada familia. Con él, Alicia comenzó a amar el césped florido, las obligaciones silvestres y la tradicional práctica de la ganadería común en la zona. Como en cualquier relación, la etapa idílica se dio y desde el principio aquel caporal procuró ser un buen padre, puesto que la educación y alimentación estuvieron presentes, aunque los niños no llevaran su misma genética. No obstante, para ella la dicha duró poco, pero se puede decir que el enceguedo enamoramiento sí que bastante más. ¿A qué me refiero? A los malos tratos que Alicia empezó a experimentar. La golpeaba porque sí, porque no, por comer, trabajar, hablar, casi que hasta por inhalar oxígeno, pero ella no decía nada. ¿Y qué iba a hacer, si él era el amor de su vida?

Cada brutal puño la dejaba tirada en el suelo por horas, causándole consecuencias que hasta el sol de hoy perduran, como dolencias en su columna y la pérdida parcial de la vista, problemas que ha intentado resolver recientemente con doce cirugías. Es que no es para menos, fueron años y años de imborrables golpizas. “Yo la verdad no sé qué habré pagado, no sé por qué esta vida tan miserable, donde trabajaba como mula y llegaba a recibir maltrato en mi propia casa”, es la reflexión que Alicia saca al comentar sobre esta etapa que comenzó cuando tenía alrededor de 22 años y su señor una edad de más o menos 45. Pese a los morados, la hinchazón y el garrote que le daba, tuvieron un par de gemelas que nacían para darle un toque de esperanza a la subyugada mujer. Ya eran cinco infantes merodeando por todos lados y regalándole una pizca de dicha. Ellos eran su respirar y el empoderado aguante para permitirse seguir adelante.

Tras la llegada por partida doble de niñas radiantes de luz y fruto del hombre que ella quería, alcanzaba a creer que estaba plena. Fueron formadas con disciplina y cariño, junto a tres hermanos que las adoraban con el alma. Sin embargo, para el esposo de Alicia no fue suficiente aquel regalo del cielo. Quizá esta fue la razón de su inexplicable abandono años más tarde, pero por defecto eso jamás lo sabremos. A finales de los 90 corrieron los días desde la separación de esta desventurada pareja y la sorpresa de un nuevo bebé ya se asomaba. ¿Cómo iba a resolver este descomunal suceso respondiendo ahora por seis criaturas? Por suerte sus primeros hijos ya estaban más grandes, inclusive terminando los últimos grados de la escuela rural, y por tal razón ya podían buscar sustento. El problema es que faltaba que aconteciera lo más grave, por eso quiero hacer un breve paréntesis para decirles que este particular nudo narrativo me hace pensar que efectivamente el destino estaba empeñado en Alicia, es increíble que tantas desgracias cayeran sobre una sola persona.

No crean que se me había olvidado decirles que Mesetas, donde vivían Alicia y su familia, fue una zona violenta y acechada por la guerra que se llevaba a cabo en Colombia, pero creo que el momento adecuado para hacérselos saber es ahora, justo donde nos quedamos en la historia, pues precisamente en la época cuando Alicia fue abandonada por su cónyuge, el municipio se convirtió en zona de distensión. Esto quiere decir que allí la

presencia militar desapareció para que las Farc como grupo armado pudieran ser, de cierta forma, libres y cooperar con un intento de proceso de paz planteado por el Gobierno del expresidente Andrés Pastrana. Según Alicia, el pueblo se quedó sin ley y los guerrilleros hacían lo que querían, por ejemplo, bebían hasta quedar totalmente borrachos y luego manejaban sus motos y camionetas. En uno de esos días atropellaron a Jhon Jairo, el menor de los varones; murió y se llevó con él media vida de su madre.

Seguido a esto, una tarde llegaron varios hombres al hogar de Alicia, que se recuperaba de un devastador funeral. Buscaban a Yeimy, a quien ya habían visto caminar por el parque principal; la querían reclutar por estar en una edad adecuada para acompañarlos, era una joven perfecta para alivianar la soledad en la selva. Por supuesto las dos se negaron, lo que ocasionó que agredieran bestialmente a la madre y la hija. Hubo forcejeos, gritos y un disparo que puso punto final a la discusión. Como Yeimy no quiso irse con ellos, la asesinaron. Finalmente, Alicia se quedó en casa con sus tres retoños menores protegiéndolos cual gacela, casi ni les permitía alejarse mucho de su radar, mientras tanto esperaba diariamente el retorno de Javier al terminar las jornadas de clases de bachillerato, pero él en cambio no volvió, estaba desaparecido.

Buscó sin cesar el paradero de su hijo y alguien le contó que constantemente iban miembros de las Farc a las instituciones educativas para hablar con los muchachos, convenciéndolos de que unirse a la lucha implicaba una buena opción de vida, causando que varios estudiantes, entre ellos Javier, tomaran la decisión de alistarse en las filas de este grupo revolucionario. Tres años después logró verlo, pero ya era demasiado tarde, él le dijo que no podía regresar porque lo habían amenazado, si se negaba a participar de las andanzas del subversivo colectivo, ellos se encargarían de matar a su familia. Con tanta angustia y desesperación ella sintió que su corazón ya estaba muerto, debía ser fuerte y endurecer su alma. Dejó todo atrás y viajó con sus tres niñas a la capital. Con ayuda de su madre vinculó a las gemelas y a la más pequeña a un internado. Pensó que era su nefasto destino el que traía malos ratos a quienes la rodeaba y así tomó un poco de distancia. Luego recibió constantes llamadas del municipio, donde le anunciaban que posiblemente perdería la finquita. ¿Le iban a robar el lugar que con arduo sudor construyó? Eso jamás pasaría si ella llegaba a impedirlo, así que se devolvió a Mesetas, pero esta vez sola.

Respirar nuevamente el aire llanero la tranquilizaba, pero no dejaba de sentirse solitaria, tal vez por eso dejó entrar a su vida a otra persona: un tipo más tremendo que el primero. Era un borrachín empedernido y además armado, de modo que no dudaba en divertirse echando tiros al aire estando en la casa. De hecho, cuando esto ocurría, Alicia se encerraba en la habitación y este le disparaba por debajo de la puerta. Igualmente, con él tuvo su última nena a la que bautizó como Johana. La etapa de lactancia fue distinta, porque como madre recién parida tenía que coger café, maíz y frijol, también andar montañas y sacar madera para hacer dinero que las auxiliara, no obstante, aquel señor por cada pago se emparrandaba durante semanas y se bebía las ganancias. Por tal motivo, Alicia optó por robar plátanos a una finca vecina y con eso pudieron alimentarse las dos durante los primeros seis meses. Finalmente, las sacaron de su vivienda convirtiéndolas en dos desplazadas más, uniéndose a la cifra de casi siete millones de campesinos que tuvieron que dejar sus tierras entre 1985 y 2015, según el diario El País. Estos datos dejaron en evidencia a Colombia como la segunda nación con mayor desplazamiento interno.

## Impunidad

Con imágenes como esas, de multitudinarias caminatas de gente dejando sus tierras, atentados y llamas por doquier, un televisor de señal análoga y palanca de cambio al lado de la curva pantalla transmitía las últimas noticias. Frente a este jugueteaba Leonardo mientras sus padres se informaban de los recientes acontecimientos, que eran iguales a los del día anterior, a los de la semana pasada e incluso a los de tres décadas atrás. El tema es que parecía que Colombia se había congelado en el tiempo tras alzarse en armas de manera irreversible por desigualdades y conflictos entre dos partidos políticos, originando el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán en 1948, quien era defensor de causas populares. Se podría decir que desde entonces se gestó la revolución en contra del Gobierno y las clases altas, pero las zonas rurales terminaron siendo las más afectadas, teniendo en cuenta que allí se enfrentaban grupos armados (guerrillas y paramilitares) con el Ejército. Esto desprendió el periodo más sanguinario, en donde diariamente se perpetraban frívolas torturas, masacres y violaciones de derechos humanos.

Por supuesto, toda la situación causaba gran dolor en el corazón de los colombianos y también a la familia Porras Bernal, aunque la violencia no les tocara directamente. Es más, jamás se les pasó por la cabeza que algo malo les ocurriría viviendo en una zona urbana y tranquila al suroccidente de Bogotá. La cuadra donde habitaban en Soacha era muy unida especialmente por causa de Leonardo, quien entonces tenía seis años y se caracterizaba por ser demasiado amigable e inquieto para descubrir todo lo que pasaba a su alrededor. Su mamá lo llamaba bromeando “El reportero de las 7”, porque todas las mañanas se levantaba temprano, desayunaba ligeramente y se paraba en la ventana a observar y narrar lo que ocurriera. Si alguien salía, si llegaba correspondencia a la casa vecina, si se parqueaba un carro nuevo en la calle. Además, si alguna persona necesitaba ir a comprar la leche él se ofrecía desde su mirador. “Doña Arlenis, un señor vino y le dejó saludos”, “Don Pedro, hágame una lista del mercado y yo voy a la tienda por usted”, eran siempre los gritos que se escuchaban.

El tan ocurrente Leo era la alegría de su hogar, un milagro de Dios, literalmente. Resulta que cuando tenía apenas unos meses de gestación, a su mamá la atropellaron y el vehículo golpeó fuertemente el lado izquierdo del vientre, ocasionando que el cerebro del feto se desprendiera. El diagnóstico era negativo y anunciaba su muerte sin reparo, pero contra todo pronóstico nació prematuramente al mes siguiente, exactamente el 22 de diciembre del 81, aunque con terribles complicaciones como convulsiones y altas fiebres, que dieron paso a una meningitis aguda, bacteria que dañaba aún más las capas de su encéfalo. De tal manera que permaneció en la clínica medio año más conectado por tubos y máquinas para respirar artificialmente, porque su estado era como el de un vegetal. Solo pesaba dos libras, era sumamente frágil, su delicada piel apenas recubría sus huesecillos. Por tal motivo, la remota opción de sobrevivir conllevaba la posibilidad de algún retardo mental.

Luz Marina, su papá y Jhon Smith, su hermano mayor, rezaban sin detenerse para que se recuperara, de tal manera que en la cocina permanecía una veladora blanca prendida

y un cuadro del señor de Monserrate. De repente un tío suyo había conseguido una doctora en Villavicencio que podía atender el caso, así que lo desconectaron y trasladaron inmediatamente desde Bogotá, todo un riesgo. Con pocas esperanzas le presentaron a la señora el delicado bebé, ella lo examinó y les mandó a comprar cinco tipos de medicamentos de colores distintos. Al tenerlos los mezcló en una sola jeringa y se quedó a solas con Leonardo en el cuarto. Afuera su madre empezó a sentir un llanto muy especial, tan melodioso que la puso a sonreír, luego la llamaron para que volviera y en la puerta la esperaba la mujer de bata blanca, quien la abrazó tan fuerte que hizo que Luz Marina soltara muchas lágrimas. Sería acaso la incertidumbre de saber qué había pasado, pero las siguientes palabras que recibió la tranquilizaron: “Felicitaciones, su hijo acaba de nacer por segunda vez y déjeme decirle que será un ser importante en este mundo. Usted es la vida de su hijo y su hijo es la vida suya.”

Por fin Leonardo estaba despierto, llorando y moviéndose, excepto todo su extremo derecho. ¡Claro! El accidente, causa principal, le había dañado esa parte del cerebro. De ahí en adelante le realizaron terapias ocupacionales y su mamá procuró estar encima de sus aprendizajes y diferentes etapas como la de empezar a caminar y de entender, en vista de que con tres años parecía que no comprendiera mucho de lo que le hablaban. Estudió en colegios de educación especial, pero estaba adquiriendo comportamientos que no eran suyos, como dejar la boca abierta y ensalivarse todo. Le buscaron una institución diferente donde potencializaron sus talentos, enseñándole a hacer manillas, hornear pan y a correr como todo un atleta, deporte que le encantaba. Ya más grande y adolescente, en el barrio lo conocían como “el gringo” por sus ojos claros y cabello castaño, además, ya se destacaba por su espíritu de servicio a la comunidad, pues pese a su poca movilidad desarrolló destrezas como zurdo y hasta ayudó a construir la casa frente a la suya. ¿Cómo? Aprendió a hacer mezclas y transportar con un balde las herramientas de un lado a otro para levantar la estructura de ladrillos. La gente se acostumbró a pagarle ese tipo de favores con algunas monedas, que su mamá le ayudaba a guardar porque él no tenía ni idea a cuánto equivalía lo que ganaba.

A veces las personas se aprovechaban de su inocencia dándole billetes falsos que él no notaba y si se enteraba, no pasaba nada, más bien seguía sirviendo y atendiendo a todos, especialmente a su hermano mayor y a sus dos hermanas menores, a quienes protegía dado que con ellos experimentaba grandes aventuras jugando y bailando merengue, su especialidad. También le gustaba practicar fútbol con el equipo del barrio, de esta manera se fue integrando hasta ser parte de la junta de acción comunal. Era tan famoso que lo buscaban más que a cualquier otro miembro de la familia, tocaban a su puerta para preguntar por él y llevárselo a trabajar o a una reunión. Leonardo no podía estar más feliz y su mamá también lo era, ya que lo veía lleno de vitalidad y con esperanza por dejar una huella en los que iban llegando a su vida. Definitivamente, todos eran sus amigos, todos eran iguales para él sin importar si llevaban sombrero o estuvieran descalzos y sin camisa. Su ingenuidad no distinguía si sus amigos tenían malas o buenas intenciones, él solo era un joven grandulón de 26 años con mentalidad de un niño de cinco.

Todo esto cambió un martes 8 de enero del 2008, un día común y corriente. Luz Marina y su esposo salieron antes de que amaneciera, dejándoles a sus hijos la comida lista para que se bandearan solos por unas cuantas horas. Como de costumbre, Leonardo

desayunó con Jhon Smith cuando, de repente, recibió una llamada al parecer laboral, pues este le dijo a la persona detrás del teléfono que en cuanto terminara de comer iba para allá. Ambos se alistaron y se fueron a la calle al tiempo, caminaron juntos hasta la esquina y desde ahí tomarían rumbos diferentes al tener responsabilidades que atender. Tuvieron una conversación donde Jhon le expresó que no quería hacer sus vueltas, le daba pereza si no tenía compañía, a lo que Leo le respondió que adelantara la primera actividad y apenas él se desocupara de su cita lo alcanzaría para compartir el resto de la tarde. En realidad Leonardo pensó que no iba a demorarse mucho. Sin embargo, el reencuentro jamás ocurrió porque él nunca regresó.

Ya con angustia, a la mañana siguiente fueron a buscarlo hasta debajo de las piedras: en la estación de policía, cerca al Río Bogotá y con los vecinos, pero nadie daba con su paradero. Pasadas las 72 horas, requeridas para alertar a las autoridades sobre la desaparición de alguien, Luz Marina se dirigió a la Fiscalía, pero la atención prestada la descolocó, allí le recomendaron no afanarse y entender que los hijos no estarían toda la vida



bajo las faldas de las madres, que seguramente Leonardo se había escapado con una noviecita. De esta manera, ella prefirió seguir la investigación por su propia cuenta, aunque un mes después, ya desesperada, decidió volver a esta institución y, aunque la respuesta fue la misma, el

vigilante del establecimiento le entregó un papel con direcciones de clínicas, albergues y de Medicina Legal. Ella tenía algunas teorías, quizá le habían dado un paquete con contenido ilegal y lo detuvieron, de pronto estaba retenido en alguna cárcel, pero en su visita al Instituto Nacional Penitenciario la hipótesis se cayó. La familia entera se levantaba temprano para recorrer calles y carreras, también se infiltraron en zonas de tolerancia por si de pronto lo habían drogado, no obstante, nada daba frutos.

Pasaron ocho meses desde su desaparición, había llegado el septiembre más triste para los Porras Bernal. Luz Marina se reusaba a ir a Medicina Legal, pero un día, en la línea telefónica, la estaban solicitando desde ahí. Al coger la bocina sintió un escalofrío que comenzó en la punta del pie, subió hasta la coronilla y luego bajó ubicándose en su estómago: se negaba a creer que posiblemente todo acabara. No le dieron información, más bien la citaron inmediatamente en las oficinas del centro. Ella cogió su bolso, agarró una buseta desde Soacha y de la prisa se le detuvo el tiempo, como si el vehículo estuviera quieto en un trancón. Se bajó en la sexta con 24 percibiendo que caminaba sin tocar el

suelo, que daba un paso y retrocedía diez. Llegó y siguió derecho al tercer piso donde la estaban esperando. Apenas la vieron la llevaron a una oficina y ella se sentó con muchos nervios. Respiró profundo mientras le comentaban que le iban a leer una hoja con un listado con 30 nombres y que, si reconocía alguno, les avisara.

Uno: Fair Leonardo Porras Bernal. Ya el segundo nombre no lo escuchó. Se quedó en un túnel de recuerdos. El accidente. El bebé temblando en la incubadora. El primer llanto. Las primeras palabras. Su sonrisa. Sus abrazos. Sus bailes. Una película entera de su hijo. De repente una palmada la devolvió a la realidad. Quien la estaba atendiendo dio un golpe a las hojas, despertándola para preguntarle si había entendido lo que se le dijo y ella del susto respondió que sí un par de veces. —¿A quién reconoce?— Sin pensarlo dijo que solo al primero. Entonces, la ubicaron frente al computador y digitaron el número de cédula de Leonardo. Se abrió el sistema y salió una foto del rostro de él, o más bien de lo que había quedado. Luz Marina estaba pasmada al ver que su muchacho había recibido 13 impactos de bala y dos de ellos le destrozaron la mandíbula. ¿Qué le sucedió? ¿Dónde estaba el cadáver de una persona con problemas cognitivos que no distinguía ni el valor del dinero? En una fosa común de Ocaña, Norte de Santander, a más de 600 kilómetros de su hogar. ¿Por qué? Le explicaron que el Ejército Nacional reportó haberlo dado de baja tras el enfrentamiento con un grupo narco guerrillero que él comandaba y precisamente portaba en la mano derecha un arma de nueve milímetros. En la cabeza de Luz Marina no cabía semejante información, pero ¿qué familia iba a desmentir la versión dada oficialmente por la institución?

### **Acto 3: Más allá de una función**

Como ven, llegar hasta este punto no ha sido fácil para nuestros protagonistas, aunque el extenso transitar de sus vidas lo estemos recorriendo nosotros en tan solo un instante. ¡Cuán relativo es el tiempo! Quién diría que el eterno trabajo de seis meses o de un año se pueda esfumar en una grandiosa hora de función. Quién diría que al desnudar el alma con un detallado resumen de preciadas vivencias concibamos la idea de que las palabras utilizadas ya son parte del pasado. Y quién diría que antes de comenzar la puesta teatral, más si hablamos de un estreno, se experimente el nerviosismo a flor de piel como al lanzarse por un risco con los pies sujetos a una cuerda, pero ya después se perciba gran complacencia con los camuflados aplausos que se confunden entre los diálogos en medio de escena y escena. En definitiva, el tiempo muta, se transforma y a estos tres seres humanos les ha dado un nuevo propósito más allá del arte como tal.

Taquilla agotada para *Antígonas: tribunal de mujeres*, año 2014. Bom. Prueba técnica lista. Carlos deambula de arriba a abajo neurótico por la primera muestra. Se anuncia que el auditorio de la corporación está lleno, el aforo llega hasta los pasillos. Leonardo es la vida de Luz Marina y ella ha dedicado enteramente esa vida a su hijo, a prolongarle la existencia, a denunciar su pérdida y la injusticia del caso. Por esto, él aún está presente, aunque hayan desaparecido su cuerpo, por eso su historia vive y la verdad puede salir a flote. Bom, bom. Han pasado seis años desde que Leonardo no está y Luz

Marina, antes de ubicarse en la tarima a exponer su argumento frente a la corte diseñada por el colectivo teatral, pide perdón de manera interna varias veces por haber ignorado largamente que en su país matan, violan, expropian y que su ingenuidad no le permitía pensar que incluso los mismos servidores públicos son partícipes como perpetradores de tan dolorosas calamidades.

Luz Marina, de carita redonda y de ondulado cabello de visos cenizos, había tenido un velo que entorpecía su mirada sobre el mundo y por eso pide piedad, no obstante, este vendaje cayó con la desaparición de Leonardo. Justamente ella empezó a ver su alrededor de otra forma cuando tuvo que desplazarse al cementerio de un corregimiento a las afueras de Ocaña, para recibir los supuestos restos de su hijo. En medio de la exhumación de los cuerpos, los Porras Bernal y otras tantas familias, víctimas de la misma situación, enfrentaron la visita de miembros del Ejército Nacional, que buscaban obstaculizar el evento. Por tanto, le fue más claro sospechar que el Gobierno del entonces presidente Álvaro Uribe apoyaba masivos asesinatos con pocas pruebas contundentes y sin hacer entrega a las autoridades, más bien permitiendo la ejecución inmediata a manos de fuerzas militares por justicia propia, lo que ha ocasionado infortunados finales tal como ocurrió con “el gringo” de Soacha, quien hace parte de lo que se llamó *falsos positivos*, definición que alude al listado de civiles dados de baja en conjeturados enfrentamientos.

En realidad, nunca fue Leonardo quien paseaba sus objetos del camerino a las tablas; siempre fue y será Luz Marina en medio de la utilería tratando de mantener intacta la memoria de su hijo. Lo que quiere decir que, es ella la que va hacia el escenario con otras mujeres a quienes también un crimen de Estado les destruyó sus hogares, además va con unas que sobrevivieron y han denunciado el genocidio político contra un partido de izquierda, conocido como la Unión Patriótica, y con tres actrices del grupo *Trama Luna Teatro*. Todas estas características hacen que el multifacético equipo esté consolidado, que ante el público ellas se vean radiantes y poderosas, que bajo un reflector naranja y al compás de un par de violines dancen sincronizadas, y entre elegantes movimientos vayan hacia el centro del espacio con un brazo al cielo, el cual luego llevan hacia un lado y después hacia atrás. De modo que un sencillo pero bello baile se aprecia, y aún mejor, gracias a la uniformidad de los atuendos negros que las visten y un cinturón rojo que las rodea, más sus prominentes sombras reflejadas en los blancos telares del fondo.

Es evidente que no es la primera vez que trabajan juntas, pues se complementan las unas con las otras en singular perfección. Efectivamente Luz Marina las conoce de tiempo atrás; a algunas ha acompañado en audiencias para lidiar batallas legales y a las demás desde el 2013, por obra y gracia de la labor de Patricia Ariza, fundadora del Teatro La Candelaria y pareja de Carlos Satizábal, que con ideas artísticas las ha llevado a reconstruir hechos sociales a través de *performances* en las calles, en plazas públicas e importantes auditorios. Lo cual permitió que Satizábal las dirigiera al año siguiente. Esto solo demuestra que Luz Marina nació de nuevo y su rutinario día a día dio un giro abismal. Desde aquel nublado período ha adquirido conocimientos sobre aspectos que no había imaginado, por ejemplo, con la vinculación al Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movide) emprendió una activa participación en foros tras sus estudios sobre Derechos Humanos, sin olvidar que descubrió un talento innato para la actuación.

—Mi nombre es Antígona y hace más de tres mil años estoy buscando cómo enterrar a mi hermano Polinices—se expone el argumento central, una adecuada metáfora para pedir justicia por hijos, nietos, esposos y compañeros asesinados, cuyo paradero se desconoce y sin sepulcro permanecen. Se extienden gritos de proclamación por parte de Luz Marina y las mujeres allí de pie, quienes con su objeto en mano y distribuidas por todo el escenario piden que su país se convierta en el de *nunca jamás*, en donde los incalculables sucesos violentos no se repitan. A su vez, el público escucha atentamente otra visión de la guerra, que quizá antes no se había revelado con tanta libertad y con la información de primera mano. El sonido de arpas no se hace esperar y en las telas se proyectan detalles de ruinas antiguas cuando se quiere trasladar el relato a Tebas, mientras que con ecos y una nebulosa atmósfera el guion de la obra pasa a contar las tragedias colombianas.

Hoy Luz Marina siente que es oída más que nunca, aunque ya haya realizado importantes intervenciones, como cuando participó en los Diálogos de Paz de la Habana o cuando viajó para ser panelista y representante internacional de las numerosas filas de víctimas del conflicto interno de Colombia, también cuando recibió un reconocimiento del Parlamento Franco Alemán por ir en pro de su causa y por su apoyo a las familias exiliadas. Sí, su vida se llenó de actos sublimes, pero ¿cuál es la diferencia ahora en medio de la acústica del tablado sagrado de las artes? Las escenas aquí recordando juegos y anécdotas con Leonardo, porque le han permitido auto conocerse, obtener inteligencia emocional para ser una figura pública de un tema supremamente delicado en el país, pero lo más importante es que su presentación es como un exclusivo medio de comunicación para publicar la verdad de una persona que ella conoció como a nadie, sin que le refuten su premisa o la complementen ajenos.

Como consecuencia, ella está visibilizando un rostro entre tantos y por lo menos poniendo sobre la mesa un nombre, un solo nombre en medio de un sin fin de cuerpos no identificados, sumados deshumanizadamente a millares de cifras que cobijan la historia de estas tierras. Concluyentemente, el trabajo que se ha desarrollado, desde que Carlos llegó con la idea de formar un grupo heterogéneo para plasmar eventos históricos, bajo el amparo de una beca de creación de Idartes, ha sido vital para escribir un documento vivo de la memoria, abarcando primeramente lo particular y luego lo general, el cual con corporalidad y estética impacta generaciones, y sin duda, trasciende también al mundo entero. Pese a que la primera función finaliza con una duración de 60 minutos, pronto llegan otras temporadas, cada una tan similar y distinta de la anterior, pero con el mismo impacto en el público, debido a que logra que los espectadores formulen interrogantes como “¿quiénes escriben los hechos históricos?”, y mediten sobre la existencia de otras voces más allá de las oficiales.

¡Qué cambios trae la vida! Es inevitable no reiterarlo y parar de ejemplificarlo, por lo que es hora de analizar con lupa la transformación que Santiago experimenta. Se acaba de imprimir el último puñado de tiquetes para la segunda versión del proyecto *Mi Musical* que, al contar con demasiado éxito durante el año anterior, el número de participantes ha sido notablemente mayor en esta nueva edición llamada *Zaitania: La voz del viento*. Bom. Willmer y otros docentes ajustan los detalles finales del montaje, ayudan a armar una pequeña tarima donde se ubicará la coral y también organizan por todo el polideportivo la utilería necesaria, mientras Santiago, ansioso por la tremenda novatada, se maquilla para el

papel que interpretará. Bom, bom. Al principio no se inmutaba con ninguna idea de futuro por la falta de confianza en sí mismo y desconocimiento de sus propias capacidades, sin embargo, el prodigioso esfuerzo que le ha dedicado a los ensayos ha ampliado su visión, y no es para menos, porque por primera vez se sorprende al tener todos los ojos encima, avistándolo con asombro en el día más especial de todo el 2013.

¿Será que valió la pena para él repetir noveno grado? Obviamente lo ideal en la infancia y adolescencia es que los estudiantes rindan con excelencia sus estudios, lo que quiere decir que en teoría no está bien volver a hacer un curso, pero la realidad es otra en el contexto escolar de territorios vulnerables, pues gran parte del alumnado tiene otras prioridades que no se basan precisamente en su educación. En el caso de Santiago, al final desistió de la idea perturbadora sobre “comerse el año”, no por tratarse de un rebelde sin causa sino porque su malogrado intento de suicidio lo hizo asumir este fracaso académico de manera diferente. Entendió que la vida le estaba dando otra oportunidad, entonces decidió renovar su actitud en las clases y además en la convivencia con sus compañeros, quizá por esto recibió un increíble premio del destino, un privilegio que solo pocos tenían y ni siquiera en cualquier otro departamento del país: la participación en el proyecto teatral más ambicioso de Santander para mitigar factores de riesgo como delincuencia o violencia, toda una misión ejecutada por la corporación artística *Rhapsodia*, con el apoyo del área de Gestión Social del Municipio.

Las expectativas son altas y muchas entidades más han promovido el programa, de hecho, la Alcaldía de Bucaramanga ha dispuesto este segundo ensamble musical como actividad de apertura de las ferias tradicionales de septiembre. La ciudad entera está invitada y pareciera que la silletería del Coliseo Bicentenario va a reventar minutos antes de dar inicio. Tambores y percusión, que terminan el ciclo al choque de baquetas, varias veces suenan repitiendo un ritmo de repiqueo hasta que los artistas entran al escenario corriendo y haciendo piruetas, como si fueran un temido clan. Se ubican en escuadrón. Detrás de ellos hay un video mostrando llamas y fuego digital ambientando un encuentro clandestino. — Merecemos ser escuchados ¿cierto?— gritan unánimes y hasta ofuscados. Luego, entre voces africanas y casi con la misma magia del Rey León se encuentran dos mundos, el juvenil y el tradicional ancestral, los cuales harán una adecuada fusión para mejorar la calidad de la vida de cada persona partícipe, un tema inspirado en los pensamientos de los mismos jóvenes del programa. Hay música en vivo, acrobacias aéreas por doquier y papeles estelares con sobresaliente interpretación. Por tal motivo Santiago teme que sus papás, quienes resolvieron asistir, no lo identifiquen con rapidez.

Son seiscientas caras radiantes, seiscientos actores menores de edad emocionados al despertar la admiración de un coliseo entero, que los aclama especialmente en el último y prolongado aplauso, el más valioso. Cada artista ha conquistado de manera absoluta con un magno espectáculo a la altura, si se quiere, de *Broadway* y la adulación de los asistentes le ratifica a Santiago que por fin la atención se centra en una generación olvidada, a la que todo el tiempo la sentencian a ser la promesa del futuro, pero con poca credibilidad en los logros del presente. Más allá del masivo público, él solo siente que el corazón se le sale del pecho cuando puede mirarse fijamente con su familia. Al identificar la sonrisa innata del rostro de su padre le queda claro que ha recibido su apoyo —tenía un papá que toda la vida había mostrado desaprobación y verlo feliz loando el acto era muy lindo.— Su mamá, más

expresiva, en un abrazo fuerte lo contiene, ambos se descargan en llanto tras su notable y sobrehumana dedicación. De esta forma ocurre el milagro más especial y esperado: un agigantado paso de restauración del lazo fraterno.

Finalmente, *Zaitania* pasó cual fugaz estrella, pero durante los meses siguientes fue imposible parar de hablar sobre cada recuerdo que esta dejó, lo cual simplemente alimentaba los deseos de Santiago por actuar una vez más. Ya con la aprobación de sus padres ingresó a décimo grado mentalizado en audicionar y obtener otro papel en *Mi Musical*, uno que le permitiera seguir creciendo como actor. Mientras tanto sabía que volverse a ganar un puesto en el proyecto no era sencillo pues debía cumplir dos requerimientos importantes, el primero era continuar estudiando en el colegio y el segundo, enlazado al anterior, tener buenos resultados con las materias. Pensó cómo destacarse hasta que se le ocurrió utilizar las herramientas que había aprendido. Entonces habló con los profesores de Química, Inglés, Álgebra, Física y cualquier otra asignatura complicada para él con el fin de hacer sutiles trueques, ofreciendo su ayuda con obras de teatro de autoría propia en izadas de bandera, a cambio de puntos extras que le ayudaran a mejorar las calificaciones. Lo consiguió y, no solo eso, aquella iniciativa trascendió hasta conformar y liderar el primer grupo teatral de su institución.

Todavía se le ve dirigiendo con libreto en mano, escribiendo y reescribiendo, viviendo su más grande pasión. Justamente, en el ya mencionado rodaje del audiovisual universitario en el 2018, se evidencia su inmensurable aprecio por plasmar a través de la actuación cada idea que le surge, pero sobre todo ama trabajar en equipo y ayudar a los actores a encontrar la esencia de los personajes. En esta ocasión hay una singularidad, un as bajo la manga, tiene a Willmer de aliado, cuenta con su talento y eso lo tranquiliza en medio de los estresantes días de filmación. Por su rol como director del personal actoral está guardando suprema calma al volver a compartir con alguien que confió en él cuando nadie más creyó en un muchachito desilusionado. Anda sosegado, toma fotos, también se ríe y hasta como figurante está disponible. A veces desde el Control Master analiza la situación sin necesidad de estar dentro del cuarto de grabación, desde ahí, detrás de una vidriera gigante, observa todo con una seria mirada y a su vez una sutil sonrisa.

Pareciera otra persona, más valiente, arriesgada y con un manojo de planes, pero sin que se le olvide de dónde viene y el camino que ha recorrido. No se le olvida tampoco cuán importante es *Mi Musical* para los suyos y, por supuesto, para él, ya que el proyecto tuvo un impacto tal que la deserción en cuanto a la participación por cada versión fue menor al 20%. ¿A qué se debió este resultado? Probablemente a la continuidad en los enfoques pedagógicos durante el tiempo en el que se desarrolló. Es decir, en el 2013 predominó la enseñanza de habilidades sociales para cumplir sueños, ya en el 2014 todo giró alrededor de la construcción de proyectos de vida junto a otros, lo cual tuvo como resultado la obra *Fortuna Dubia*, la favorita de Santiago al tratarse de una historia de piratas navegando en diferentes barcas invitando a otros marineros, cuyos rumbos eran parecidos, a embarcarse y andar a la par. Por último, en el 2015 llegó *Caramillo* cerrando el ciclo con un estilo de fiesta caribeña y mucho color, un producto final arrollador al detallar a Santiago y a sus compañeros más maduros en la escena, quienes invitaban a los asistentes a no sufrir ni llorar, más bien a estar alegres como en un carnaval porque se vive solo una vez.

Pensándolo bien... el espíritu de las personas logra renovarse pese a las situaciones de desgracia o muerte con una ayuda externa, que le permita a cualquier ser humano salir con fuerza de ese hueco profundo, entendiendo que Santiago y Luz Marina han necesitado más que tiempo y suerte para empezar a sanar sus heridas. En este orden de ideas, ha llegado el momento de Alicia, quien cierra este triángulo equilátero del teatro como herramienta de transformación, incluso de apoyo. Aunque es la última no es menos importante dentro de estos tres proyectos, es más bien la historia para finalizar con quienes faltaban, las víctimas más “reconocidas” del escenario colombiano. Remitámonos entonces a una función magistral de *Victus* en el año 2018, la cual no es ni un estreno o el final de la temporada, es un punto medio donde ya se han finiquitado diálogos y los participantes han evolucionado cual apoteósica metamorfosis.

Temprano en la mañana Alicia se encuentra dentro en los camerinos, frota sus manos y observa todo como si fuera la primera vez. De repente oye una que otra voz aguda proveniente de afuera, señal de que nuevamente están ingresando al foro alumnos de algún colegio de la capital gracias al aval del Ministerio de Cultura, que ha permitido que se realicen presentaciones gratuitas para instituciones educativas. Aprovecha los últimos minutos para mirarse de cuerpo entero en algún espejo ya que todavía hay compañeros suyos alistándose. Se contonea un par de veces incrédula por verse tan delgada, se siente irreconocible, la ropa le queda enorme, la última cirugía le ha sentado bien. A Alicia nunca se le pasó por la mente ingresar a un quirófano, y menos por repetidas ocasiones, pero su salud había empeorado en los últimos años... entre otras tantas cosas.

Desde que volvió a Bogotá como desplazada su vida había continuado saltando de tragedia en tragedia: una de sus gemelas murió al ser atropellada por un vehículo al haberse escapado del internado donde se encontraba y su hija menor quedó embarazada muy joven, justo cuando el desempleo estaba en el pico más alto. Afortunadamente su carga menguó un poco tras ingresar a una fundación llamada *Hogares Bambi*, cuya misión es proteger la primera infancia. En aquel lugar recibió gran apoyo para su familia, especialmente para su nieta, ya que el equipo estaba muy comprometido en que Alicia saliera adelante y así brindarle un mejor futuro a esa bebé de sus ojos. En el centro de atención empezaron a conocerla bien, su pasado y sus preocupaciones, motivo por el que le sugirieron que se acercara a *Casa E*; sabían que estaban buscando a alguien con características similares a ella, consejo que hoy la tiene en el teatro.

Primer llamado. A la completa oscuridad llega un punto de luz proveniente de un velón flotando en la tarima, amarrado del techo con dos hilos. Bom. Segundo llamado. Entra Alejandra Borrero junto con los músicos, quienes estarán tocando en simultáneo. Bom, bom. Tercer llamado. Prenden reflectores azules y al tiempo un corazón en movimiento se proyecta en el fondo. Bom, bom, bom. La alegoría de los latidos aquí se convierte en una realidad y los 19 personajes comienzan a salir tocándose el pecho al unísono, haciendo que el sonido tome más fuerza. Ya cuando todos están ubicados en el escenario, con su voz cantan como pájaros, estridulan como chicharras y susurran como lechuzas, viajando hasta sus épocas de campo y selva. Una flauta de caña lleva la melodía de los cánticos y grilladas para que todo se envuelva en un mismo espíritu. Están vestidos con una batola de botones y un pantalón color hueso, igualitos, sin distinción o etiqueta.

Son actores y actrices del conflicto: militares y policías retirados, exguerrilleros Farc y Eln, reclutados forzosamente, indígenas, afro y civiles como Alicia.

Cada acto en esta puesta está lleno de simbolismos e historias basadas en experiencias propias porque en un país que ha estado roto hay mucho por decir y tanto por plasmar, de ahí lo vital e intencional del entrenamiento. Como cuando tuvieron un mágico ejercicio al aire libre luego de largos meses preparándose para armar el esquema de *Victus*. Era justo y necesario salir, tomaron pues camino hacia el Jardín Botánico en el noroccidente de la ciudad. Alrededor de unas semillas del milenario Comino Crespo se sentaron a disfrutar de la naturaleza y allí recordaron algunas andanzas. Dedicaron el tiempo en poner su granito y sembrar su propia planta fuerte y frondosa que al sol de hoy significa esperanza, cambio y apropiación del espacio público, debido a que no es fácil derribar estigmas para la realización de actividades cotidianas después de un tachón social. Se destaparon un par de cuentos como las hierbas que utilizaban algunos cuando permanecían entre el monte con heridas de guerra y el árbol que todos debían saludar para no ahogarse en profundas aguas del bosque. Ante las anécdotas Alicia se dejó deslumbrar por tanta sabiduría pura que sus compañeros de aventura cargaban a cuestas.

¿Cómo suena un amanecer en la selva? ¿Cómo suena un fusil? ¿Cómo hilar paisajes sonoros? Retos que tienen respuestas y se resuelven con el paso de los minutos al ver a Alicia y a los demás en acción. —Incertidumbre, zozobra, miedo, tristeza.— son algunas de las sensaciones que no solo pronuncian, sino que sienten al escuchar lo que dicen en sus radios y que después experimentan en carne propia. Al parecer no hay buenas noticias, dicen que van a hacer limpieza. Las horribles noches no cesan y dormir es todo un desafío cuando suenan angustiantes golpes. Son disparos, balas, huecos en la pared. Hay que huir, entonces todos corren, se esconden y se aprovecha para hablar de sus prontuarios inmersos en la violencia a través de breves palabras que se repiten y los vuelven locos. Seguido a esto, viene el monólogo que debe hacer Alicia, por lo que previamente se le ve protegida y acompañada por dos mujeres, una a su izquierda y otra a la derecha, cada una apretándole un hombro, apoyándola para que cuente sin titubeos ni quebrantos sus más profundos dolores. Absolutamente enojada narra lo que le dijeron cuando reclamaba por Javier y cada persona en aquella sala descubre que no es actuación, su bravura y hasta desasosiego vienen desde adentro, todo es real.

Nada es libretado, si sonríe es porque le nace, si llora es porque lo siente, su existencia es transparente y acorde con sus emociones. Y sí que le ha salido del alma aprender a amar a quienes antes pudieron haber sido sus enemigos solo porque eran miembros de las Farc, así ninguno de sus compañeros hubiese empuñado un arma directamente contra un Aguillón. El cuadro más claro de este singular cambio es aquella ocasión especial cuya función era destinada para el mismísimo Juan Manuel Santos, mayor representante del logro de los acuerdos de paz en su mandato. Era un total privilegio poder mostrar una obra de teatro como esta ante él, pero Alicia no pudo presentarse al encontrarse bastante enferma, sin embargo, eso no le impidió asistir como una espectadora más para ver a sus *Victus*, como ella los llama. Le brillaban los ojos y no se cansó de aplaudir a los diferentes bandos allí reunidos en una sola imagen, toda una percepción nueva en donde no le importó quiénes habían sido, más bien se sintió orgullosa de lo que han logrado ser y también de participar de semejante sueño hecho realidad, un trabajo pionero en el mundo.

A puertas de finalizar esta muestra sin filtros y tapujos, se suaviza la radiografía sangrienta con un cambio de luces, que le da pie a los actores a estirar varios metros de cinta blanca sumamente gruesa, como al ancho de una mano, para que se puedan envolver armando múltiples figuras mientras celebran el deseo de tejer la paz, razón por la que comparten la tela con los invitados, integrándolos con la finalidad de que esta no sea una representación cualquiera sino una iniciativa que trascienda y concientice. Más adelante, Alejandra se acerca al centro del escenario y toma la vocería. Está radiante y no para de mirar a su equipo, pide que se les dé un aplauso estremecedor. Aquí no termina todo, luego se dispone a abrir un conversatorio, el cual permite despejar dudas o hacer comentarios, como el de un profesor que dice lo siguiente: “Gracias porque mis estudiantes tuvieron la oportunidad de presenciar una obra tan linda con un episodio tan triste”.

Qué gran responsabilidad la que han logrado tener todos los miembros del grupo, se convirtieron en agentes de cambio y punto de referencia sin buscarlo, sin pedirlo. No obstante, Alicia ha entendido que este trabajo va más allá de los escenarios. Su nueva familia es disfuncional y diversa, no se libran de malentendidos, imprudencias y discusiones. Entonces su lema en esta función, en las que vendrán y, en general, en la cotidianidad apunta a la reconciliación constante, porque no todo es color rosa después del desarme, las circunstancias no cambian por ser parte de *Victus*, pero sí la actitud. En el grupo casi a diario hay discordias que porque Alicia llegó más temprano y nadie más lo hizo, porque la definición de “víctima” es distinta para cada uno, por ideologías o simplemente por cualquier cosa, el tema está en cómo arreglar las asperezas. —Hemos encontrado prácticas que nos han dado un plan de conciliación: escuchar y hablar— comenta Alejandra, y Alicia complementa que el mejor remedio, aunque ha costado, es el diálogo y el perdón que obtienen principalmente durante los ensayos con el “círculo de la palabra”, estrategia para hablar de los sentimientos con los que llegan a cada taller.

\*\*\*

Hemos llegado al final, sin embargo, el telón no se cerrará, nuestros protagonistas aún tienen mucho camino por andar.

### **Luz Marina Bernal**

Leonardo es el motor que le ayuda a impulsarse a diario, arriesgándose a no callar jamás, a seguir encontrando la verdad de tantos sucesos que se mantienen ocultos por conveniencias e intereses particulares. —Parí a mi hijo para la vida y él me parió para la lucha—, dice. Por tanto, seguramente si *Antígonas* no hubiese tocado a su puerta sería una académica de los Derechos Humanos, haciendo justicia desde este lado, entonces el alcance de su mensaje sería otro: para un público más específico y hasta letrado. Además, la herida por la pérdida de su retoño estaría latente y sin cicatriz. Pero la historia no fue así, de lo tímida y discreta le queda casi nada, con los años se ha vuelto cada vez más visible, levantando un rostro con notoria catarsis producto de un sinnúmero de funciones en diferentes rincones de Colombia, a su vez en Nueva York, Toronto, Cádiz, Barcelona, entre otras partes del mundo. Cada puesta en escena también le ha permitido encontrar

multitudinarias personas, entre locales, migrantes y extranjeros, agradecidos por su valentía y ánimo al contar con este guion lo que muchos sabían, pero pocos se atrevían a hablar. Y así, como canta Marta Gómez, de paso a pasito el teatro le abrió un nuevo camino, ya arrancó y no la pueden parar. Hoy en día es toda una activista y a su clamor por los hechos impunes se han unido los gritos de muchas más mujeres, logrando destituir a 27 altos mandos y condenar por el momento a 21 militares por casos como estos, declarados de lesa humanidad, cuyo número de víctimas es mayor a 2.500, según informes entregados a la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). Mientras tanto sigue soñando con que algún día pueda tener los restos auténticos de su alegre hijo, puesto que siente que ni eso le dieron cuando fue a reclamarle al Gobierno colombiano.

### **Santiago Morales**

El huidizo jovencito con síntomas de desidia desapareció, pero si el proyecto de *Mi Musical* no hubiera sido antagonista en la vida de Santiago tal vez jamás se habría destacado en su colegio y, más bien, sin ton ni son pasaría por bachillerato con gran dificultad para obtener el título. Quizá este escalafón se convertiría en el último paso de sus estudios, dedicándose después absolutamente a nada, ya que no tendría un sueño claro por el cual luchar, tampoco una familia para apoyarse y mucho menos amigos por los que valiera la pena realizar metas en conjunto. En efecto, Santiago tiene tantos entrañables recuerdos que lo hacen pensar que está en deuda con el arte. Ya tiene 22 años, un grupo teatral llamado *Legado* y una obra en remojo para estrenar a finales del 2020, pero esto es solo el principio, ya que su prioridad es darle al artista el lugar que se merece en la ciudad, primeramente, apoyando el talento y creyendo en cada persona, luego generando productos de calidad para lograr espectadores con criterio. En este sentido, diariamente le ronda una idea por la mente: abrir espacios para generar oportunidades con resultados parecidos al proyecto en el que hizo parte, cuyo 80% de participantes manifestó haber tenido un cambio positivo en sus vidas y el 90% reconoció que adquirió numerosas habilidades en el plano disciplinario artístico. Aunque su sueño es grande ya está haciendo todo lo posible por lograrlo, amando la trama mientras llega el desenlace cual estribillo de Drexler, aprovechando el nuevo portafolio de artistas que dejó *Rhapsodia* para trabajar de la mano con ellos, apuntando en dirección a transformar el ambiente artístico de Santander.

### **Alicia Aguillón**

El futuro de *Victus* en el 2020 se ha convertido en un tema incierto, Alicia no tiene certeza de cuándo se dará un siguiente encuentro, aun así, sigue pidiéndole a Dios, como la famosa canción de Mercedes Sosa, para que la guerra a nadie le sea indiferente. Esta ha sido un monstruo enorme y ha pisado fuerte en nuestro país, de tal manera que su ilusión es que esta no se olvide, aunque ya exista el perdón, más bien que se respete su pasado y el de los más de 260 mil asesinados y 700 mil víctimas indirectas (familiares), porque considera que las cifras deben ser un incentivo para la no repetición. Toda una reflexión que no habría hecho en épocas pasadas siendo una mujer hosca y ensimismada, llorando en silencio lo que el conflicto le robó. Es que sin este proyecto Alicia estaría empeñada en quejarse hasta el cansancio de la injusticia pero con brazos cruzados y sin hacer nada al respecto. No alcanzaría a divisar nunca que es posible superar la desesperanza, aunque su nieta fuera un

soplo de lo contrario. Pese a esto, la vida sí le dio un revolcón con la vinculación al equipo *Victus*. Con los talleristas, compañeros y la dirección de Alejandra, ha recobrado la ilusión en la bendición de la vida misma, aunque su columna le impida estar en actividad constante. Entendió que siempre hay segundas oportunidades, entonces, si no puede dedicarse al teatro en un 100% ya no siente que sea el fin del mundo; encontró otra salida: Optó desde hace un par de años por las manualidades, especializándose en la bisutería, aprendiendo de la prueba y el error. Ha trabajado fuerte y ya está lista para tocar puertas llevando sus accesorios a todos lados, hasta la Unidad de Víctimas donde puede postularse en ferias de emprendimiento con su historia como estandarte, la cual ya siente que es un cuento de fantasía con agudas tormentas y, al final, bajo una indescriptible calma.

